

VIAJE al CENTRO de PLUTONIA

CLARK CARRADOS

Viaje al centro de Plutonia

COLECCIÓN

ESPACIO

Viaje al centro de Plutonia

por

Clark Carrados

EDICIONES TORAY, S. A
Teodoro Llorente, 13
BARCELONA

REPRESENTANTES EXCLUSIVOS EN ESTADOS UNIDOS
EXCEPTO Nueva York (Ciudad) N. Y.

FIDEL COMPANY

2366 Glendale Blvd.

LOS ÁNGELES, 39 CALIFORNIA

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED EN SPAIN

T. G. Peralta — Pasaje Nuria, 8 — Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



L camarero del «Hotel Nacional», José, asomó su cabeza por la puerta de la estancia, pidiendo permiso.

Cuando le fue concedido, entró con una bandeja en la cual se veían una botella y dos vasos. Avanzó dos o tres pasos, quedándose luego inmóvil en el centro de la habitación.

Así permaneció un par de minutos, aguardando a que el hombre que se hallaba en la cama, leyendo tranquilamente una sobada revista, levantara la cabeza.

Chuck Parrish se extrañó del silencio del camarero. Con pena, separó su vista de la esplendente maravilla que era la última rubia lanzada por Hollywood y la sustituyó por el delgado rostro del camarero.

—¿Qué ocurre, muchacho? — preguntó, en un pésimo español—. ¿A qué estás esperando? Deja la botella ahí, sobre la mesa, y lárgate.

José movió la cabeza imperturbable.

—Lo siento, señor Parrish. Debe darme veintiocho pesos con setenta centavos, importe del licor.

Chuck se sentó de un salto en la cama.

—¿Eh? ¿Qué dices, José? Vamos, deja ahí la botella y...

—No. Son órdenes de don Desiderio. Dice que ya no le fía nada más si no lo paga al contado. Y que, si no le echa del hotel, es porque en el aeródromo tiene usted un avión con el cual...

Chuck echó a un lado la revista, con gesto de hastío.

—Sí, sí, ya lo sé; no digas. Si no le pago, siempre le queda el recurso de embargarme el aparato, ¿no es así?

José afirmó con la cabeza, sin hablar. Chuck intentó entonces un ataque en otra dirección.

—¿Y tú, José, no serías capaz de fiarle esos veintiocho con setenta a un buen amigo que...?

—Lo siento, señor Parrish, pero ya me debe usted, particularmente, doscientos treinta y tres pesos con noventa y dos centavos. La verdad, mis finanzas son más bien exiguas y no están en condiciones de soportar por más tiempo...

—Está bien, está bien, no sigas. Ya sé que el dinero que te debo te da derecho a una cámara del tren de aterrizaje cuando menos. Bueno, puedes largarte. Supongo que don Desiderio no me cobrará el agua que beba, ¿verdad?

—Por ahora, señor Parrish, es completamente gratis — dijo José untuosamente, y con una leve reverencia, se alejó.

Cuando Chuck hubo quedado solo en la estancia, se puso en pie, y se acercó a la ventana. A lo lejos se veía el impresionante panorama de los Andes, completamente nevado. El cielo estaba encapotado, de un gris plomizo deprimente, dando la sensación de que, de un momento a otro, podía disolverse en millones de copos de nieve. Chuck soltó una amarga risita.

—¡Y pensar — dijo — que en mi tierra es ésta la época de las vacaciones! Manes del río Colorado y la pesca y el baño en sus frondosas orillas. Si ese

granuja de mi socio no aparece pronto, me veo en...

Se interrumpió. Unos nudillos acababan de sonar en la puerta. Giró sobre sus talones y dijo:

—¡Adelante!

La puerta se abrió. Tres hombres entraron por ella.

Uno era bajo, fornido, con tendencia a la obesidad, pero todavía con más músculos que grasa, excepto en la cara, que era completamente redonda, con dos minúsculas rendijas por donde se escapaban los rayos de una aguda mirada. Vestía con lujosa elegancia, aunque sin estridencias en el atuendo.

Los otros dos eran mucho más altos, y parecían ser simples satélites del primero. Chuck los catalogó inmediatamente como guardaespaldas o cosa muy parecida. «En todo caso, esta pareja no ha conocido nunca lo que es un dolor de riñones tras una jornada abundante en trabajo».

—El señor Parrish, supongo — dijo el gordo.

—Exactamente, señor...

—Manelli, Piero Manelli, para servirle. Éstos dos son Tonio y Cesco..., amigos míos.

Chuck no dejó de advertir la vacilación del gordo al decir «amigos míos». Pero no hizo ningún comentario.

—Mucho gusto — dijo con sequedad—. Siéntense, por ahí, si pueden.

—Gracias, señor Parrish — contestó Manelli—. Supongo que se estará usted preguntando cuál es el motivo de nuestra visita, ¿verdad?

—Posiblemente.

—Muy bien, señor Parrish. Entonces, le diré que deseo contratar el avión que tiene usted parado en el aeródromo.

En el primer momento, Chuck respingó. Luego, meneando la cabeza dijo:

—Lo siento. No es esa mi especialidad, señor Manelli. Tendrán que buscarse otro piloto, y otro avión, por supuesto.

Manelli dejó escapar una suave sonrisa.

—No. Es usted el que nos interesa, señor Parrish. Usted y su aeroplano. Fije el precio por llevarnos de Tucumán a Copiapó.

—¿De Tucumán a Copiapó? — Chuck se echó a reír—. Están locos. No hay piloto que cometa la torpeza de atravesar los Andes en esta época del año, y más con el tiempo que anuncia la constante baja del barómetro. Además, es preciso tener en cuenta que el avión no es sólo mío, sino que tengo un...

—Exactamente, señor Parrish — le cortó secamente Manelli —. Tiene

usted un socio, Harry Squibbs, al cual está usted esperando con dinero para poder continuar su negocio, ¿verdad?

Chuck respingó.

—¿Cómo lo sabe usted, Manelli? — dijo.

—Yo sé muchas cosas que usted ignora — dijo el gordo con suficiencia— Pero me temo que su socio no pueda venir en una larga temporada y usted, que confiaba en él, se vea metido en un serio aprieto.

—¿Cómo? ¿Qué está usted diciendo? ¿Es que se piensa que me voy a tragar tan linda fábula?

Por toda contestación, Manelli levantó la mano hacia atrás.

—Dame ese periódico, Cesco.

—Sí, jefe — dijo el aludido, obedeciendo, con el más puro acento de «gangster» que Chuck había oído.

Manelli alargó un periódico doblado a Chuck, diciéndole:

—Lea la primera página, por favor.

Fascinado, Chuck obedeció. En titulares del máximo calibre, se daba cuenta del siniestro de un avión de pasajeros en la cordillera andina, siniestro del que no parecía había quedado ningún superviviente.

—Y ahora, lea la lista de pasajeros, señor Parrish, por favor.

Chuck miró un instante a Manelli. Éste, imperturbable, prosiguió:

—En la sexta página, señor Parrish.

El joven obedeció, desdoblando el diario. Buscó con la vista hasta hallar lo que deseaba. Diez segundos más tarde, plegaba el periódico, abatido y lleno de desesperanza.

—Lo siento, señor Parrish —dijo Manelli—. Sé que usted y Squibbs eran grandes amigos y que tenían gran confianza en el negocio que pensaban montar. Ahora, con la muerte de Squibbs, todo se ha ido a paseo, ¿verdad? Sobre todo, si tenemos en cuenta que él era el socio capitalista, ¿no es así?

Chuck permaneció unos momentos silencioso. Le parecía imposible que su amigo, el expansivo y jocundo Harry Squibbs fuera ahora un montón de carne quemada e irreconocible. Estaría allí, perdido bajo la nieve, en aquella maldita cordillera...

—Usted — continuó Manelli — se encuentra ahora en una difícil situación, señor Parrish. No tiene un céntimo con que pagar la cuenta de cinco semanas de hotel, ni tampoco tiene para abonar los gastos de estancia de su aparato en el aeródromo, ni mucho menos para el combustible y aceite

necesarios con que emprender el regreso a su patria. Yo puedo proporcionarle todo eso y, de propina, un pequeño remanente, digamos diez mil, para que usted pueda rehacer otra vez su vida en los Estados Unidos.

Hubo un momento de silencio. Después, Chuck dijo:

—¿Tasa usted mi vida en diez mil dólares, Manelli?

—No le comprendo.

—¿No? Oiga, ¿por qué cree usted que se ha estrellado ese aparato en los Andes, si no es por culpa del mal tiempo? Era un avión último modelo; el mío es un viejo cacharro sobrante de guerra. ¿Qué probabilidades me da usted de que pueda saltar por encima de la cordillera sin dejarme las narices atrás?

—Su habilidad como piloto, Parrish — dijo Manelli fríamente.

—La habilidad no basta, Manelli.

—Mire a ver si tiene suficiente con quince mil. Quizá esto le ayude a convencerse a sí mismo.

Chuck miró oblicuamente a su interlocutor.

—Tiene usted cara de jefe de bandidos, y apostaría esos quince mil contra un paquete de cigarrillos a que, probablemente, lo es. ¿De qué o de quién huye usted?

—¡Eso no le importa, Parrish! Conteste a mi proposición — exclamó Manelli, amostazado.

—¿O acaso trata de hacer contrabando entre la Argentina y Chile?

Los ojos de Manelli chispearon a través de sus párpados entrecerrados.

—Subo a veinte, Parrish. Es mi última oferta, y no dirá que no soy generoso. Además, yo y éstos iremos en el avión con usted; de modo, que todos corremos el mismo riesgo.

—Ustedes pueden correr todos los riesgos que quieran, Manelli — dijo Chuck despectivamente—; pero yo siento un intenso amor por mi pellejo y digo: No. Búsquense tres pasajes en un avión de línea...

Manelli le interrumpió. Pero no se dirigía a él, sino a uno de sus secuaces.

—Tonio — dijo solamente.

El gangster contestó:

—Sí, jefe.

Avanzó hacia Chuck con algo en la mano que destellaba siniestramente. El joven retrocedió un paso, instintivamente.

—¿Qué van a hacer? ¿Matarme? Entonces, ¿de qué utilidad podría

servirles un cadáver?

Manelli sonrió.

—Por favor, Parrish, no nos crea tan sádicos. Solamente tratamos de llevar a su cerebro el convencimiento del buen servicio que se prestaría usted a sí mismo al aceptar nuestra oferta. Piénselo bien: son veinte de los grandes...

—¡¡Ni aunque fueran...!! — y se calló de repente, porque el otro forajido, aprovechando un momento de distracción, le había asido la muñeca, retorciéndole el brazo hacia atrás dolorosamente.

—Cuidado, Cesco — recomendó Manelli—. No se lo rompas; nos es muy necesario. Convéncele, nada más.

—Sí, jefe.

Parrish sintió un intensísimo dolor en el brazo, que le llegaba desde la muñeca hasta el hombro. Al mismo tiempo, la aguda punta de la navaja de Tonio iba y venía, siniestramente cariciosa, por las proximidades de su yugular.

Cedió.

—Está bien. ¡Váyanse todos al infierno!

Manelli miró a Cesco y éste aflojó la presión. Chuck se frotó el brazo dolorido.

—Venga la pasta primero o, de lo contrario, me dejo degollar antes que...

Manelli extrajo un grueso fajo de billetes de su bolsillo y lo arrojó a Chuck, quien lo atrapó en el aire. Éste hizo correr el dinero entre sus dedos y luego inquirió:

—Bien, ¿cuándo salimos?

Manelli se puso en pie.

—¡Bravo, amigo Parrish! Eso se llama hablar con sensatez.

—Eso merece una camisa de fuerza — gruñó el joven, descontento todavía.

—Acaso, pero ya se la proporcionaremos cuando hayamos llegado a Copiapó. Mientras tanto, haga su equipaje. Nos vamos inmediatamente.

* * *

A través de los cristales de la cabina de pilotaje, Chuck contempló el revuelto paisaje montañoso que había debajo de las alas del avión. Horrendas

cortaduras, enormes precipicios, simas colosales, cumbres afiladísimas y, en fin, un mundo montañoso de aspecto dantesco, iluminado por los fríos rayos del sol, era todo cuanto alcanzaba a contemplarse dentro del radio visual. Y todo estaba cubierto de nieve, blanco, refulgente hasta dañar la vista, asomando por encima del mar de nubes que cubría con su espeso velo cuanto había debajo.

Chuck se felicitó porque, en cierto modo, el tiempo hubiera mejorado. Mas, a pesar de todo, estaba algo inseguro, y sólo se sentiría en paz cuando, habiendo salvado los 4.700 metros del Paso San Francisco, empezaran a perder altura, descendiendo hacia el Pacífico, a setenta kilómetros del cual se hallaba Copiapó, su punto de destino.

Llegaron al Paso. Hacia el sudoeste, levantando sus cimas casi dos mil metros más, se veían las Nevadas de Incahuasi, Ojos del Salado y Tres Cruces, cimas todas que rebasaban los 6.500 metros de altitud, rasgando con sus afiladísimas agujas el opaco manto de nubes que cubría la tierra. Chuck no pudo por menos de estremecerse al pensar en lo que podía ocurrirles si por una u otra causa, el motor del avión llegaba a fallar.

Para distraerse de tan siniestros pensamientos, dio media vuelta al interruptor de la radio. Durante unos minutos, la música emitida por la Estación de Radio de Tucumán, flotó sobre el monocorde ruido del motor.

De pronto, la música cesó, para dar paso a un boletín de noticias. El locutor decía:

«—...y nuevas investigaciones han descubierto los restos del avión de línea que se estrelló ayer en la Cordillera. Venciendo las dificultades de un tiempo realmente infernal, patrullas de salvamento, transportadas en helicópteros del Ejército, han podido rescatar los cadáveres de los infortunados ocupantes del avión, el cual, contrariamente a lo que se creía, no se incendió con el choque. Pero, posteriormente, se han echado en falta cuatro cuerpos de otros tantos pasajeros, los cuales, pese a las exploraciones realizadas en aquella zona, no han podido ser halla...»

Chuck cerró la radio, disgustado. Aquello le traía a la memoria el recuerdo de su buen amigo Harry, veinticuatro horas antes exultante de vitalidad, y ahora probablemente convertido en unos despojos rotos y...

Sus pensamientos fueron de pronto interrumpidos por un estruendo aterrador. Algo crujió y estalló con alarmante estrépito. Parte de los cristales de la cabina saltaron con violencia, al mismo tiempo que algo destrozado que esparcía un líquido rojo se dispersaba por el interior en minúsculos fragmentos, manchándolo todo de sangre, como en una extraña pesadilla.

El avión se tambaleó bajo el impacto de aquel formidable choque. Bailó y se agitó unos momentos de modo espantoso, hasta que al fin, las fuertes manos de Chuck consiguieron enderezarlo y estabilizar su vacilante marcha.

Un turbión de aire helado penetró instantáneamente en la cabina, haciendo descender terriblemente la temperatura, ya de por sí poco elevada.

Chuck se limpió del rostro las manchas de sangre propias y ajenas, comprobando, con no poca satisfacción por su parte, que solamente sufría ligeros rasguños en la cara. Cortó el gas, y el irregular traqueteo del motor, consecuencia del formidable choque, cesó al instante.

Un agudo silbido se percibió cuando el motor hubo dejado de funcionar. El aparato, falto de su elemento impulsor, comenzó a caer hacia las aserradas montañas.

Agarrándose al respaldo del asiento, Manelli se inclinó hacia él, gritándole al oído para hacerse entender:

—¿Qué ocurrió, Parrish? ¿Qué es toda esa sangre que ha entrado?

Chuck se volvió, viendo al pandillero lleno de sangre y plumas. Su aspecto era, en cierto modo cómico y grotesco

—Un maldito cóndor de los Andes que no tenía otra cosa que hacer que atacarnos. ¡Mire, mire usted! — y el índice del joven señaló hacia la hélice, doblada y retorcida sobre si misma, convertida prácticamente en un sacacorchos como consecuencia del choque.

Manelli lanzó una maldición al comprender el alcance del accidente.

—¿Qué va usted a hacer ahora, Parrish? ¿Podemos aterrizar?

—Intentar hallar un lugar en el cual poder tomar tierra con el menor daño posible, cosa que —echó una mirada al salvaje panorama que tenía a sus pies — estimo como algo más que difícil en estos lugares.

—¿A qué distancia estamos ahora de Copiapó, Parrish?

Éste contestó secamente:

—La distancia es lo de menos. Hallándonos aquí, en el centro de la cordillera, es como si estuviésemos en la Luna.

—¡Haga una llamada de socorro por la radio! — gritó Manelli, exasperado, ceniciento el esférico rostro —. Pero no se quede ahí, quieto, como si esto no le afectara.

Chuck meneó la cabeza. Era evidente que aquel hombre había perdido la serenidad.

—Vea usted mismo, Manelli. Ese cóndor de todos los diablos, no sólo estropeó la hélice, sino que algún fragmento de su cochino cuerpo, se llevó por delante la antena de radio. ¿Cómo quiere que haga la llamada? ¿A voces? Estoy algo afónico y no creo que me oyesen.

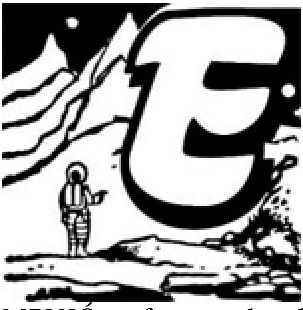
La bajísima temperatura que ahora reinaba en la cabina impidió que el

rostro de Manelli se cubriera de gotas de sudor.

—Más vale que se vuelva a su asiento y se ciña el cinturón de seguridad — le recomendó Chuck—. No se crea que falta mucho tiempo para el tortazo que nos espera.

El pandillero asintió, tragando saliva y desapareció. Chuck, libre de su presencia, se aplicó a los mandos, y el avión, planeando con terrible velocidad, descendió hacia la nieve y el hielo que lo aguardaban, impacientes, ávidos por aprisionar entre sus gélidos tentáculos, a los osados que habían roto la suprema paz de las alturas.

CAPÍTULO II



MPUJÓ un fuerte golpe de viento el avión hacia un lado, haciendo crujir alarmantemente todas sus estructuras. Sólo la consumada pericia y habilidad de Chuck consiguió que el aeroplano no fuese a estrellarse contra el rocoso muro de una montaña que se desplomaba a centenares de metros de profundidad, perdiéndose su base en el interior de la capa de nubes que ocultaba, velándolo celosamente a extrañas miradas, el fin de aquel inacabable desfiladero.

Perdiendo altura por momentos, el aparato descendió vertiginosamente, al mismo tiempo que, por contraste, las escarpadas cimas andinas parecían ganar altura. Los ojos de Chuck no dejaban de avizorar el salvaje panorama que tenían ante ellos, tratando de hallar un lugar adecuado para la toma de tierra.

No se le ocurrió tan siquiera sacar el tren de aterrizaje. Tal como estaban las cosas, y si conseguía sus propósitos, las ruedas no serían más que un estorbo en el momento oportuno. El redondo vientre del avión, a falta de unos deslizadores «ad hoc», lo haría mucho mejor.

El suelo se aproximó rápidamente. A cada segundo que pasaba, Chuck veía aumentar ante sí las dificultades para salir con bien de la empresa. El viento, silbando agudísimamente, penetraba a chorros por el enorme boquete de la cabina.

El fin se aproximó velozmente. Un escarpado farallón apareció, surgiendo repentinamente de entre un jirón de niebla, ante los ojos de Chuck. Éste ladeó el avión, pero no pudo evitar que la punta del ala se quedara allí, enganchada, rompiéndose con horrísono estruendo. El aeroplano vaciló, dando tumbos. Milagrosamente pudo enderezarse, y luego se precipitó hacia un estrecho campo de nieve y hielo, oculto a medias por la niebla, puesto que su sentido ascendente impedía fuera vista la parte superior.

En el último instante, Chuck levantó el morro del avión. La cola se estremeció al tocar la nieve, levantando una turbonada de hielo pulverizado. Casi al momento, la panza del aparato golpeó pesadamente el frío suelo.

El artefacto, impulsado por la velocidad que llevaba, se arrastró por la

helada nieve, levantando espesos remolinos de la misma a modo de estela, de blanquísimo color. Algo crujió alarmantemente, y Chuck sintió que su cuerpo era zarandeado con violencia. Se aferró con todas sus fuerzas a los mandos del aparato, surtiendo a sus espaldas, en medio del espantoso fragor de aquel aterrizaje, gritos de pavor y espanto.

Dejando tras sí una estela de fragmentos de metal y nieve, el aparato corrió un centenar de metros por el suelo, balanceándose de izquierda a derecha con terrible violencia. Una puntiaguda roca surgió de pronto, y el ala de babor fue despedida por los aires a gran altura.

Aquel golpe sirvió para que el aparato cortara en seco su alocada marcha. Detenido por la violencia del choque, giró velozmente sobre su eje vertical, hacia la izquierda, despidiendo enormes chorros de polvo de hielo hacia el lado opuesto. Chuck sintió que las correas se le incrustaban cruelmente en la carne y luego, con un último y estremecedor choque, el aparato quedó quieto.

Durante unos momentos, el silencio más absoluto reinó en su interior, cortado, a trechos, por lamentosos silbidos del viento que bajaba de las alturas. Después, Chuck sacudió la cabeza para alejar las brumas que tenía ante sus ojos y se volvió hacia atrás.

—¿Hay algún herido? — inquirió a gritos.

Soltándose del asiento, se puso en pie. Vio que Manelli y Cesco le imitaban y que luego se inclinaban sobre Tonio. Se acercó a ellos.

—¿Están bien?

—Nosotros sí. Éste...

—Déjenme a mí — pidió, arrodillándose, al lado de Tonio.

La cabeza del pandillero colgaba a un lado y de una de sus sienes brotaba un tenue hilillo de sangre.

Metió las manos entre sus ropas y halló que los latidos del corazón mantenían su ritmo acompasado. Luego se levantó.

—No creo — dijo —que haya sufrido otra cosa que el golpe en la cabeza. Córtenle la hemorragia; él se despertará por sí mismo.

Abrochándose la pelliza hasta el cuello, se arriesgó a abrir la portezuela. Se estremeció al instante, cuando un golpe de viento le heló las venas. Pero, rehaciéndose, saltó al suelo.

La nieve, helada, crujió bajó sus botas. Caminando pesadamente fue hacia la proa del avión, deteniéndose allí, con la espalda al viento. Meneó la cabeza con pesimismo, al mismo tiempo que apoyaba la mano en el destrozado morro.

—¡Pobre y fiel amigo! —murmuró—. Tú has tenido el mismo fin que tu

otro dueño, y yo... no tardaré en seguiros.

—Está usted muy pesimista, Parrish — dijo una voz a sus espaldas.

Chuck se volvió. Envuelto en un grueso abrigo, con el sombrero calado hasta las cejas, Manelli le miraba con gesto ceñudo.

—No pretenderá usted que me eche a reír, ¿verdad?, ¿Se le ha ocurrido siquiera arrojar una mirada al panorama?

La mano de Chuck trazó un círculo en el aire. En todo cuanto alcanzaba su vista, no se veía otra cosa que cimas y agujas montañosas, perdiéndose en la altura, perennemente cubiertas de nieve y hielo, serrando con sus agudos dientes el impoluto azul del cielo. El viento gemía y se retorcía al descender por los numerosos barrancos que componían aquel circo, en uno de cuyos lados se hallaban los siniestrados. Y la distancia del lugar en que se encontraban a la cumbre más próxima era, cuando menos, de mil metros. Todo el horizonte estaba cerrado por las montañas, sin que se pudiera divisar el menor resquicio por donde intentar una más que problemática huida de aquel lugar en donde, a no mucho tardar, les aguardaba una horrible muerte.

—Y si salva usted esas cumbres — dijo Chuck—, cosa que, entre paréntesis, dudo bastante, se encontrará con otro paisaje igual. Y más allá lo mismo y lo mismo, y así durante...

—¡Basta! ¡Basta ya! — le cortó Manelli, súbitamente exasperado—. ¿Es que no ha podido elegir otro sitio mejor?

—¿Por qué no le pregunta eso al cóndor que nos destrozó la hélice? No sea mentecato, Manelli. El único recurso que nos queda es aguardar a que nos rescaten... si es que vivimos lo suficiente para ello.

—¿Y cómo van a venir a buscarnos?

—Cuando en Copiapó se den cuenta de que no hemos llegado. En Tucumán dieron la nota de nuestra salida, como están obligados. En él momento en que vean que pasa un tiempo prudencial, nos darán cómo extraviados o derribados en la cordillera, y... Bueno, el resto puede figurárselo.

—Pero, ¿no habrá algún otro medio de salir de aquí?

Los grises ojos de Chuck se dirigieron hacia la inmensa mole de la Nevada Ojos del Salado, que alzaba su impresionante cima a más de dos mil quinientos metros de altura sobre el lugar en que se hallaban.

—En terreno llano, no me importaría andar, aun en la época en que nos hallamos. Aquí... esos ciento y pico de kilómetros que nos separan del lugar habitado más próximo se convierten, gracias a la orografía de la cordillera, en cien mil. Vale eso tanto, como decir que, a menos que no ocurra un milagro, no podemos esperar salvación.

Manelli se estremeció. Palideció repentinamente y tuvo que apoyarse en el fuselaje del destrozado aparato. Chuck se echó a reír.

—Si padece usted del corazón, amigo Manelli, lo mejor será que se vaya usted a la cabina y permanezca allí sin moverse. Tenga en cuenta que nos hallamos a más de cuatro mil metros de altura y lo que menos abunda aquí es el oxígeno. Y no se crea que tampoco yo estoy muy a gusto.

Manelli asintió, tragando saliva. Dio media vuelta y, tambaleándose como un beodo, regresó al aparato. Chuck le siguió lentamente, aspirando el aire a grandes bocanadas, pues, tal como había dicho, la escasez de oxígeno se dejaba notar. Incluso habían rebasado ya la cota por encima de la cual todo aviador que no vuele en cabina estanca debe usar la mascarilla de oxígeno.

Cerró la puerta, dándose cuenta de que Tonio se había recuperado ya en buena parte. Miró hacia él, diciendo:

—Lo primero que tenemos que hacer ahora es tapar, como se pueda, el agujero de la cabina. ¿Cuál de vosotros dos es el de la navaja?

Cesco asintió con mudo gesto.

—Muy bien. Rompe todo el tapizado de los asientos y arréglatelas para unirlos. Ahí dentro — y señaló hacia una puertecita situada en la cola del fuselaje—, tengo mantas, pero nos harán falta y no quiero emplearlas en parches sí no es preciso. Yo...

—¿Qué va a hacer usted? — inquirió Manelli, cortándole la frase apenas iniciada.

—Voy a ver si encuentro algún trapo de color, con el cual haré una señal que pueda ser divisada desde el aire. Después no nos quedará otro recurso que sentarnos y esperar. Ah, siendo ustedes unos «gangsters» de los buenos, no dejarán de llevar algún frasco de licor encima, ¿no es así?

Manelli afirmó con la cabeza.

—Muy bien, pues — dijo Chuck—; le recomiendo que lo guarde y lo racione. No se lo beban ahora de un trago; si lo usamos en el momento oportuno, acaso un sorbo de licor pueda señalar la diferencia que hay entre la vida y la muerte.

Chuck se dirigió hacia el panel que había señalado un instante antes, y lo abrió. Empezó a sacar las mantas, pero, apenas lo había hecho, Cesco lanzó un grito.

—¡Miren! ¡Esto se pone peor a cada momento!

Lenta, siniestra, insidiosamente, una oleada de espesa niebla empezó a avanzar hacia ellos. Parecía como si fuera una cascada de impalpable líquido que se desplomase sobre ellos, pero en sentido inverso, es decir, de abajo

arriba, de las profundidades a las alturas. Pero su lentitud era sólo aparente y engañadora.

En un momento, la niebla, densísima, envolvió el aparato en su totalidad, ocultando por completo la luz del sol, y sumiendo el lugar en una opaca semioscuridad, grisácea, plomiza, que nada bueno podía prometer para los desgraciados que habían tenido el infortunio de caer en aquellos despoblados lugares. La temperatura dio un repentino bajón.

—Vamos, Tonio — le urgió Chuck—; es preciso darse prisa y cerrar cuanto antes el agujero.

Acabó de sacar las mantas, que iba depositando sobre el suelo, en el momento en que un fuerte golpe de viento hacia estremecer las paredes del aparato. Chuck miró un instante por una de las escotillas y no pudo contener un estremecimiento.

Gruesos copos de nieve comenzaron a caer, arremolinándose según los caprichos del viento. Vio que Manelli extraía un frasco y, desenroscando la tapa, se lo acercaba a los labios.

Se lo quitó con brusco gesto.

—¡Todavía no es tiempo! —mascculló.

El «gangster» se puso en pie, arrojando lumbre por los ojos.

—¡Devuélvame el frasco! ¡Es mío! ¿Lo oye?

—Este licor no es ahora de nadie, sino de todos, Manelli. Y aunque hace mucho frío, todavía no hace el suficiente como para...

—Parrish, o me devuelve el fraseo o le juro que voy a darle que sentir.

Chuck reparó en que el forajido se había metido la mano en el bolsillo de su abrigo. Lo miró desdeñosamente.

—¿Dónde se cree que está, Manelli? — dijo—. ¿En su selva de cemento? ¿O en otra donde las pistolas no cuentan para nada? ¿Cree que pegándome un tiro va a resolver mejor la situación?

—Déme el frasco, Parrish. Recuerde que es usted un asalariado mío y que...

—En efecto; soy un asalariado suyo, pero sólo para pilotar un avión. Y como ya el avión no existe, ahí tiene usted. No me sirve, ni, probablemente, me servirá de nada.

El fajo de billetes voló por los aires, alcanzando a Manelli en pleno rostro. Éste vaciló, llevándose instintivamente las manos a la cara. Antes de que pudiera recuperarse, el puño de Chuck le había golpeado duramente el mentón, haciéndole desplomarse sobre el asiento. La pistola pasó a su poder.

Tonio corrió hacia él, pero se detuvo en seco al ver la boca del arma que le amenazaba enérgicamente.

—Vuelve a tu puesto — le ordenó, y el pandillero, acobardado, obedeció. Luego, Chuck se volvió hacia el otro—: Cesco, si lleváis más frascos de licor, dámelos. A partir de este momento, soy yo el que manda aquí, ¿me has entendido?

Cesco obedeció, con una mirada de odio en sus pupilas. Dos frascos más pasaron a poder de Chuck, el cual los guardó en el panel, cerrándolo luego con llave.

Miró después su reloj.

—El sol no tardará mucho en ponerse y entonces sabrán qué es frío. Si estuviésemos en otro nivel atmosférico, les recomendaría un poco de ejercicio, pero la altura es demasiada y el oxígeno muy escaso, por lo que se agotarían rápidamente y aun podrían llegar a sufrir algún colapso. No obstante, procuren no inmovilizarse demasiado; podría traerles malas consecuencias.

—Si salimos de ésta — dijo rencorosamente Manelli—, le juro que me tomaré un amplio desquite de esto que nos hace, Parrish.

—No prometa cosas que todavía no sabe si va a poder cumplir. En su lugar, le recomiendo que rece, si es que recuerda alguna de sus oraciones de pequeño. De momento, es lo único que podemos hacer.

Se acercó de nuevo a la escotilla, dándose cuenta de que ahora, además de la niebla, tenían que contar con la nieve que caía, incesante y espesa. La oscuridad iba aumentando por momentos, y Chuck se dijo que no les convenía gastar la pila de la única lámpara eléctrica que poseía.

Sintió en su estómago los primeros aguijonazos del hambre, pero no teniendo a mano nada con qué calmarlo, hubo de resignarse con el humo de un cigarrillo como todo alimento.

El viento hizo estremecer el fuselaje del aparato. La noche cayó repentinamente, como si un telón se hubiera interpuesto con brusquedad entre ellos y la luz del día.

La noche fue una pesadilla de frío constante. A pesar del parche que Tonio había puesto en el orificio causado por el cuerpo del cóndor, las rachas de aire a bajísima temperatura, penetraban constantemente en la cabina, helando literalmente a sus ocupantes. Chuck durmió en contadas ocasiones, despertándose con grandísima frecuencia y moviendo enérgicamente brazos y piernas para intentar hallar un poco de calor en su cuerpo hasta quedar exhausto por falta de aire. Entonces se acurrucaba de nuevo en el asiento, envolviéndose en la manta, hasta que el frío le impelía a salir de su quieta postura.

A medianoche distribuyó una ronda de alcohol, que fue bien acogida por todos. El licor los reanimó notablemente, y aunque Manelli pidió, casi de rodillas, un segundo trago, Chuck, escudado un tanto en la pistola como en la situación, se negó rotundamente a ello.

—¡Demonio! Parece que haya abierto la puerta de la nevera — dijo como para sí.

El día llegó a través de unas ventanillas casi totalmente cubiertas de nieve. Les costó un gran esfuerzo abrir la portezuela y cuando lo hubo conseguido, Chuck saltó fuera.

Miles de heladas agujas le golpearon el rostro instantáneamente. A pesar de haber amanecido, todavía no había una claridad absoluta, puesto que las nubes, vomitando billones de copos con incesante tenacidad, se agarraban tercamente a las cumbres de las montañas. El joven apreció que el avión estaba casi cubierto por la nieve, emergiendo sólo la estructura de cola.

Se volvió hacia Tonio, que había salido fuera con él:

—Hemos de buscar algunos trozos de metal que nos sirvan como palas para despejar la nieve en torno al aparato. De lo contrario, los aviones de salvamento que puedan llegar a sobrevolar este lugar, no podrán vernos.

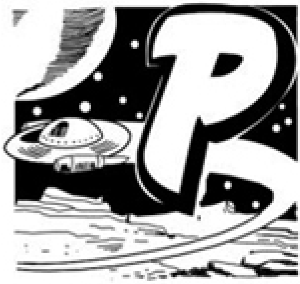
Una sonrisa de matiz indefinible apareció repentinamente en los gruesos labios de Tonio, el guardaespaldas.

—¿Y para qué queremos aviones de salvamento, Parrish? Se los regalo de todo corazón. Y el licor que usted nos robó anoche, también. ¡Mire hacia allí!

De momento, Chuck halló totalmente incomprensible la extraña actitud del pandillero. Pero cuando, siguiendo con la vista el extendido índice de Tonio, giró en redondo, advirtió algo que le hizo bailar o poco menos de júbilo.

Surgiendo de entre la catarata de copos que caían sin cesar del cielo, una fila de negras siluetas avanzaba a buen paso hacia ellos, a menos de veinte metros de distancia.

CAPÍTULO III



ENETRÓ un copo de nieve por la abierta boca de Chuck, haciéndole toser y estornudar. Maldijo su estupidez, y luego, recuperándose de la sorpresa, avanzó al encuentro de los recién llegados.

Éstos vestían ropas gruesas, de mucho abrigo, con capuchas de pieles que les cubrían casi totalmente el rostro y, a lo que parecía, no iban armados. Tampoco, y Chuck no pudo por menos que darse cuenta del detalle, se les veía el equipo normal de los alpinistas que forman parte de una patrulla de rescate.

Los desconocidos eran en número aproximado de una docena, y algunos de ellos llevaban sobre sí unos bultos cuya utilidad no supo, de momento, comprender el joven. Se disponía a saludar al que llegaba en cabeza de la hilera cuando, de pronto, dejó la boca en disposición de que le entrara otro copo de nieve,

—¡Una mujer! —exclamó.

No veía los cabellos, pero calculó que debían de ser negrísimos, a juzgar por la insondable oscuridad de sus enormes pupilas. La tez, por contraste, parecía blanquísima, y en ella destacaban los labios rojos, sangrientos, pero sin que necesitase para ello de carmín alguno.

—¿Quiénes son ustedes? — exclamó.

La mujer, una muchacha casi, a juzgar por la edad que se le reflejaba en su bellísimo rostro, sonrió imperceptiblemente.

—Me llamo Elda, pero, ¿no cree que la hora de las presentaciones debe ser postergada para más adelante? Están ustedes ateridos, helados de frío y, seguramente, agradecerán algo que les reanime, ¿no es así?

Chuck asintió, sin quitar su vista de la recién llegada. Vagamente entrevió los rostros de sus acompañantes, dándose cuenta de que no parecían pertenecer a la misma raza, juzgando por la oblicuidad de sus ojos y sus pómulos salientes. No obstante, eran todos jóvenes, fuertes y de elevada estatura, de agradable aspecto en general.

—¿Tienen ustedes algún refugio cerca de aquí? — preguntó.

—¿Un... refugio? — repitió Elda; y luego sonrió—: Bien, llamémoslo así. ¡Krahni!

Uno de los hombres se acercó. Llevaba en las manos, enguantadas, un frasco de buen tamaño, hecho de un material que dejó atontado o poco menos al ya estupefacto Chuck, pues era, según pudo juzgar, de oro purísimo. Otro hombre se destacó, con unos cubiletes del mismo metal, alargando uno de ellos a Chuck.

El llamado Krahni llenó el vaso de Chuck de un licor del color de la sangre, que despedía un vaho del mismo tono. Chuck tomó el cubilete, olisqueándolo primero, y vacilando antes de llevárselo a los labios.

—Bebe tranquilamente; no es ningún veneno.

Chuck obedeció, hallando que el líquido estaba frío, a pesar de que humeaba. Pero apenas hubo consumido el contenido del cubilete, sintió que un renovado fuego corría por sus venas.

—¡Magnífico! — exclamó alguien a sus espaldas. Manelli repitió—: ¡Magnífico! Si consiguiera la fórmula de este licor, en poco tiempo me haría fabulosamente rico.

—Allá donde vamos — dijo Elda enigmáticamente — tendrás todo el que quieras. ¡Krahni! —llamó.

Krahni se volvió, dando unas órdenes en un lenguaje ininteligible para Chuck y sus acompañantes. Cuatro de los recién llegados se destacaron, trayendo unos objetos en las manos, y arrodillándose luego junto a Chuck y los otros.

El frío de los pies del joven desapareció de modo casi instantáneo cuando fueron envueltos en una especie de botas, de un material blando, flexible, que les llegaban a media pierna, acolchadas blandamente en su interior.

—Y ahora, cuando queráis, podéis seguirnos.

—Me parece una excelente idea — dijo Chuck.

Manelli se volvió hacia uno de su secuaces.

—Cesco —dijo—, tráete el maletín.

—Sí, jefe — asintió el pandillero, penetrando en el interior del siniestrado aparato, y saliendo a poco con un maletín de negro cuero. Entonces la columna se puso en marcha.

Por más preguntas que hizo Chuck a Elda, aunque le dijo su nombre y demás circunstancias, a pesar de haberle contado todo lo relativo al infortunado vuelo y las causas de su violento aterrizaje, ella se encerró en un

voluntario mutismo. Chuck, temiendo al fin haber incurrido en una falta de cortesía, acabó por callar también.

Caminaron relativamente despacio, pues la altura era demasiado grande y la falta de oxígeno se dejaba notar, aun en aquellos seres que parecían estar habituados a aquellas elevaciones. Además, y por si fuera poco, ascendían constantemente, en lugar de descender.

La nieve se había helado, lo cual facilitaba no poco la locomoción. Elda caminaba con firmeza, sin desviarse lo más mínimo de la ruta trazada de antemano, y sin que la niebla y la nieve constituyeran un obstáculo en su orientación. Además, Chuck se dio cuenta de que el vino que les habían servido, aparte de calmarle el apetito, le habían infundido una notable vitalidad, de tal forma que apenas si sentía el cortante frío de aquellas alturas. En otras circunstancias, se dijo, ya hubiera notado principios de congelación en el rostro al descubierto.

Caminaron por espacio de una hora o más, siempre envueltos en la nevisca, percibiendo continuamente en sus tímpanos los agudos aullidos del viento que soplaba de modo incesante. Al fin, y cuando ya el joven desesperaba de terminar su viaje, Elda se detuvo.

Lo hizo frente a una pared rocosa muy lisa, casi completamente vertical, situada en la parte opuesta al sentido del viento, de un centenar de metros de altura. El muro rocoso era casi negro, como si procediese de alguna formación basáltica de los tiempos prediluvianos.

La enguantada mano de Elda hurgó en uno de los bolsillos de su chaquetón, sacando de él algo parecido a un cilindro, terminado en una semiesfera de vidrio de color ámbar. Elda alargó un poco el brazo, apuntando con el cilindro hacia la pared rocosa.

El ámbar se transformó en rojo primero, violeta después, desapareciendo acto seguido. Entonces ocurrió algo que dejó a Chuck totalmente estupefacto.

Uno de los lados del farallón se descorrió a un lado, deslizándose sobre sí mismo, sin motor que lo hiciera funcionar, al menos en apariencia. Dejó al descubierto una negra abertura.

Chuck observó hipnotizado cómo la nieve que pretendía entrar en aquella gruta era repelida por algo invisible, pero potente. Los copos chocaban contra aquello como si fuera una pared de vidrio caliente, fundiéndose instantáneamente.

—Seguidme — ordenó Elda.

Chuck echó a andar. Penetró tras la joven en la cueva, y entonces tuvo aún más motivos para asombrarse.

Desde el interior de la gruta podía ver perfectamente el nevado panorama

limitado por la espesa niebla que tenía al alcance de sus pupilas. El viento silbaba, arremolinando los copos de nieve, pero en el interior de la cueva, todavía abierta, reinaba una agradabilísima temperatura.

Cuando todos estuvieron dentro, Elda manejó de nuevo el cilindro, y el muro se cerró de idéntica y silenciosa manera a como se había abierto. Pero no por ello quedó a obscuras la cueva.

La luz que allí reinaba era difusa, grata a la vista, pareciendo salir de todos los rincones a la vez. Chuck sintió al instante la necesidad de despojarse de su chaquetón de piel y lo hizo, lo mismo que todos cuantos allí se encontraban, sin exceptuar a la muchacha.

El joven observó con disimulo la elevada estatura de Elda, la cual vestía una especie de blusa de un tejido desconocido por completo para el joven, adornado en hombros, talle y bajos, así como en los puños de las mangas, con unas sencillas pero vistosas grecas de alegres colores. Además vestía unos pantalones del mismo material, ceñidos en los tobillos a unos finos zapatos de blando cuero y gruesa suela de color blanco, que Chuck estimó muy blanda y muy cómoda para andar.

Uno de los hombres de ojos oblicuos se encargó de las prendas de alivio. Entonces, Elda, sonriendo graciosamente, con melodiosa voz, dijo:

—Sed bienvenidos a nuestro país, Plutonia.

Chuck contuvo una interjección de asombro. Manelli no pudo hacer lo mismo y la muchacha le deificó una desdeñosa mirada, que apenas duró una décima de segundo.

—¿Plu... to... nia...? — exclamó Chuck cuando se hubo repuesto.

Había esperado hallar un refugio montañero, tipo alpinista, y se encontraba con...

—Así se llama nuestro país, del que vais a ser huéspedes dentro de muy poco. ¡Krahni!

Éste asintió con silencioso gesto, aproximándose a la pared de la cueva, que, entonces se fijó Chuck, era de una forma completamente regular. Krahni alargó la mano, apoyándola en el muro.

El suelo faltó al instante bajo los pies de Chuck, quien sintió que el estómago hacia desesperados esfuerzos por asomarle por la garganta. Hubo de pasar un buen rato antes de que comprendiera que se hallaban en un ascensor que perdía altura a grandísima velocidad.

Cuando se hubo recuperado y acomodado a la velocidad de descenso, Chuck inquirió:

—¿Plutonia es tu... vuestro país, Elda?

—Cierto, Chuck.

—¿Por qué le dais ese nombre? ¿Acaso porque...? y se interrumpió, temeroso de expresar con palabras la hipótesis que se había formado un segundo antes en su imaginación.

—Exacto — sonrió ella—. Lo llamamos así porque está situado en las profundidades de la Tierra.

Chuck tragó saliva, tremendamente confundido. No sabía si estaba despierto o dormido, o si se había muerto en el avión, helado. Aquello no acababa de despejar las brumas y telarañas que cubrían su aturdido espíritu.

—¡Pe... pero esto es increíble! ¡Vivís en el centro de la Tierra!

—La frase es muy aproximada, aunque no del todo correcta. Para llegar al centro de la Tierra deberíamos recorrer más de seis mil kilómetros en un descenso ininterrumpido, y el nuestro sólo se efectuará a través de unos cincuenta o sesenta.

Chuck sintió que los cabellos se le erizaban de pavor. ¡Cincuenta o sesenta kilómetros de descenso! Y estaban sobre la plataforma de un ascensor que caía a plomo con creciente velocidad.

Elda pareció adivinar sus propósitos.

—No temas, Chuck — dijo—; el aparato es de sobra seguro, y no cabe la menor posibilidad de un fallo. Incluso, si se averiara el mecanismo que lo mueve y cayera a plomo, acabaría por detenerse.

Chuck comprendió, tragando saliva. Se dio cuenta de que Manelli y sus esbirros atendían con creciente interés las explicaciones de la muchacha.

—Entiendo. Estamos dentro de un tubo, al cual ajusta exactamente el ascensor, y llegaría un momento en que la parte inferior de la plataforma comprimiría el aire, ¿no es así?

—Estás en lo cierto, Chuck. ¡Krahni! — alzó la voz la muchacha—, ¿no puedes darle un poco más de marcha al aparato?

La velocidad de descenso aumentó terriblemente. Llegó un momento en que Chuck se sintió ingrávido, sin apenas peso. Para probar si aquello era verdad, dio un salto que le llevó hasta el techo del aparato. ¡Tardó quince segundos al menos en descender los tres metros que había ganado de altura con el salto!

—Es absurdo... pero magnificó. ¿Y... y puedo preguntarte cómo supisteis de nuestro aterrizaje allá arriba?

Elda hizo un signo con la cabeza al silencioso Krahni. Éste oprimió un botón y al instante, un cuadrado del muro, de más de un metro de ancho, se transformó en una especie de placa visora, a través de la cual pudieron

contemplar el desgarrado panorama andino.

—Tenemos arriba — dijo Elda — periscopios que nos informan de toda novedad que ocurre en la cordillera. Nuestros vigías delataron ayer la caída de aeroplano, con supervivientes, e inmediatamente me destaqué yo con este grupo de ayudantes para tratar de salvaros, si era posible. Lo conseguimos, afortunadamente.

—De lo cual — respondió Chuck—, os estamos infinitamente agradecidos. Pero — objetó —, ¿no teméis que los periscopios se cieguen por la nieve?

Elda denegó con la cabeza.

—Tenemos aparatos instalados junto a ellos que lo impiden, Chuck.

—¿Y nunca os han descubierto?

—Aparte de que nuestra existencia es ignorada por vuestro mundo, no hemos sido descubiertos hasta ahora, porque no hemos querido. Ni — añadió Elda con tono significativo—, se nos descubrirá jamás.

Chuck entendió de sobra lo que quería decir la muchacha con sus palabras.

—¡Diablos! — gruñó—. ¿Es que piensas que nosotros nos hemos de convertir también en unos trogloditas?

Los labios de Elda se curvaron en una mueca de desdén. Su mano describió un círculo.

—¿Podrían — dijo — unos trogloditas construir un artefacto como éste? ¿Qué significado le das tú a dicha palabra?

—Pues... a unos seres que viven en cuevas...

—Yo no he dicho que vivamos en cuevas, sino bajo la superficie de la Tierra, Chuck. Las dos frases son completamente distintas, si te detienes un momento a analizarlas.

—Para mí, eso es una sutileza del lenguaje que...

En aquel momento, Manelli, que había estado escuchando atentamente todo el diálogo, intervino con brusquedad:

—Oiga usted, señorita; ¿he entendido bien lo que ha dicho? Particularmente, la agradezco mucho que nos haya salvado la vida; Ahora bien, lo que no puedo consentir ni tolerar, es que nos tengan aquí secuestrados para siempre. Quiero que, en cuanto le sea factible, nos proporcione un medio de regresar a...

—¿A dónde, señor Manelli?

—A Copiapó. Tengo allí negocios urgentes que reclaman mi presencia y que...

—Lo siento —dijo Elda fríamente—. Les hemos salvado la vida y vienen con nosotros a Plutonia. Pero no hemos de consentir que, por complacer sus caprichos personales, vayan a delatar la existencia de nuestro mundo que, hasta la fecha, ha vivido feliz y sin las estúpidas e inútiles complicaciones que ustedes se han creado y que han desembocado en cientos de guerras que han causado cientos de millones de muertos.

—Si es por eso, señorita, yo le prometo guardar silencio eterno.

—Lo siento; la suya, señor Manelli, y la de sus compañeros, no es la única vida que hemos salvado en la cordillera, pero todos cuantos llegaron a Plutonia, en Plutonia se quedaron para siempre. Y usted, que tanto se queja ahora, en cuanto lleve unas cuantas semanas con nosotros, abandonará esas ridículas ideas que ahora alberga su todavía débil cerebro.

—¡Débil cerebro! ¿Por quién me ha tomado usted, señorita? Sepa usted — añadió orgullosamente el «gangster»—, que tengo medios sobrados para obligarla a volverme a la superficie.

—¿A qué llama usted medios sobrados, señor Manelli? ¿A esas anticuadas pistolas que usted y sus hombres llevan? — dijo desdeñosamente Elda.

—¡Exacto! — rugió el forajido—. Y ahora mismo...

Pero no pudo continuar; Elda le interrumpió secamente.

—¿Ha oído usted hablar de una arma capaz de desintegrar un cuerpo humano con sólo apretar un botón?

—Sí; en las historietas de Flash Gordon — se rió el forajido con descaro; y entonces, Elda llamó de nuevo:

—¡Krahni! Hazles una demostración.

El hombre asintió y tomó el cilindro que Elda le alargaba. Enfocó su extremidad semiesférica hacia el montón de ropas que se arrebujaban en un rincón.

Un vivido chispazo salió del tubito y al instante, un negro y enorme hueco apareció en el montón de prendas, de donde salió un humo espeso, que un oculto aspirador se encargó de arrastrar al instante. Manelli livideció hasta que su rostro adquirió un tinte terroso.

—Ya ve — dijo Elda con desdeñoso acento—, que están en mi poder. Nadie les hará el menor daño... si ustedes no lo hacen. Pero, en este caso, nuestra réplica será inmediata, fulminante.

El «gangster» convencido, tragó saliva y guardó silencio. Pero, de pronto,

se volvió hacia Chuck.

—Y usted, Parrish, ¿qué hace ahí parado como un tonto? ¿Por qué no la obliga a...?

Chuck lanzó una sonora carcajada.

—¿A qué? ¿A devolvernos a la superficie, en donde moriremos de frio en unas cuantas horas? No, en mis días, amigo Manelli; bienvenido a Plutonia me han dicho, y voy a tratar de hacerme digno del título de huésped que me ha sido conferido.

—Una actitud muy sensata — comentó Elda.

—¿Es que piensa encerrarse toda su vida en una cueva, Parrish? — vociferó el «gangster».

—Todavía no ha visto usted nuestro país, señor Manelli —dijo vivamente la muchacha—. Espere a verlo y entonces juzgará si se trata o no de una cueva.

Chuck se rascó el cogote.

—La verdad es —dijo, contestando a la pregunta del forajido—, que no tengo a nadie que me espere allá arriba. Y si aquí se pasa bien, ¿por qué empeñarse en volver a un mundo donde todo son odios y rencores?

—Tu actitud es muy sensata, Chuck — dijo sosegadamente Elda, y el joven, volviéndose a mirarla, la dedicó una brillante sonrisa.

Apaciguados momentáneamente los ánimos, el silencio volvió al aparato que continuaba cayendo vertiginosamente. Al fin, después de un rato que a Chuck se le hizo relativamente corto gracias al ininterrumpido diálogo sostenido con Elda, y merced al cual pudo enterarse de muchas peculiaridades de Plutonia, notó un aumento de peso en su cuerpo, lo cual le indicó que el ascensor contenía su marcha.

Poco a poco, el aparato fue perdiendo velocidad hasta que, súbitamente, un enorme resplandor llenó todo el interior del artefacto. Chuck y sus compañeros, estupefactos, vieron que ahora el ascensor viajaba con una de sus paredes al descubierto, descendiendo hacia un mundo que les pareció irreal, de ensueño, como jamás habían pensado pudiera existir.

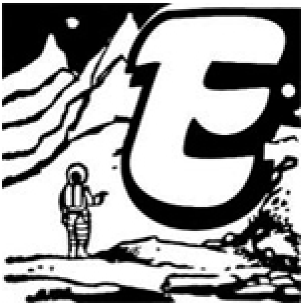
El ascensor se detuvo definitivamente y una de sus paredes se descorrió, dejando el paso libre. Chuck y sus compañeros, detrás de Elda, salieron fuera, absortos, estupefactos ante aquel maravilloso panorama que se les ofrecía ante sus ojos.

Pero, de súbito, la belleza del paisaje se enturbió. Y la causa era un pelotón de hombres armados hasta los dientes que, avanzando con paso rítmico, se situaron a ambos lados de la puerta del ascensor. Uno de ellos se

destacó y, con voz clara, poderosa, exclamó:

—Elda, te presento mis respetos, al mismo tiempo que te transmito un mensaje. Ese es el mensaje y ésas son las órdenes del Jerarca: Deberás entregarme a los extranjeros para ser conducidos al palacio donde mora la Suprema Jerarquía.

CAPÍTULO IV



L paisaje era maravilloso, bellísimo. En todo cuanto alcanzaba la vista, el suelo, con pequeñas ondulaciones suficientes para aliviar la monotonía de una lisura infinita, estaba cubierto de un lujuriante verdor, en el cual ponían su nota policroma infinidad de setos esmaltados de flores de extraños y agradables tonos.

Muy cerca de donde Chuck y los demás se hallaban, a unos doscientos metros, pasaba una especie de pista o carretera, amplísima, por la cual circulaban infinidad de vehículos, rapidísimos, seguros, cómodos, en nada parecidos a los automóviles que el joven conocía. La autopista doblaba súbitamente en ángulo recto, transformándose en un audaz puente de un solo ojo, que salvaba de un único salto la clara y mansa corriente de un ancho río. Pista y río se perdían a lo lejos, sin verse el final.

En lontananza se adivinaban los brillantes tejados y cúpulas de una gran ciudad, de cuya masa general sobresalían, de trecho en trecho, sin regularidad alguna, altísimas torres de extraña forma, en cuyos costados y en forma espiral se enroscaban los caminos que servían para llegar a su cima. Algunas de las torres estaban unidas por puentes que, desde la distancia, parecían frágiles hilos de tela de araña.

La temperatura era agradabilísima, entre los 22° y 25°, según calculó Chuck, y hasta soplaba una brisa, fresca y perfumada, que agradaba notablemente. Chuck adivinó que la luz no era natural, pero se confundía prácticamente con la del sol que brillaba sobre la superficie de la tierra que habían dejado a cincuenta o más kilómetros por encima de su cabeza. Pero no se veía el origen de aquella extraña luminosidad ni, por raro que pudiera parecerle, el techo de aquélla que él calculó caverna de infinitas dimensiones. Le aplicó tal calificativo porque no podía ver dónde terminaba, ni horizontal, ni verticalmente.

El lugar donde ellos estaban situados era una especie de edificio abierto, con una columnata de grandes dimensiones, rodeado, a su vez, por otros edificios de formas modernísimas, audaces, construidos sin duda, por arquitectos de una originalidad sin par. El suelo era de una sustancia muy

parecida al mármol negro, brillante, espejeante, devolviendo duplicadas las imágenes de quienes en aquel pavimento tenían posados los pies.

Finalmente, lo último que apreció Chuck en su rapidísima ojeada, fue la parte visible del ascensor, que mediría unos cien metros de altura, antes de sumirse en las profundidades de la roca viva. Ésta, en principio, trepaba de forma vertical durante, acaso, un par de miles de metros, curvándose luego hacia adentro muy lentamente, pero sin que se pudiera ver el final de aquella curva, no tanto por las nubes que flotaban mansamente, altísimas, en aquella atmósfera, como por efectos de la misma difusión visual de ésta. El techo de la cueva no se veía. ¿Qué altura tendría sobre el nivel del suelo que veían? ¿Cinco, seis, ocho, diez kilómetros...? Era lo mismo; siempre quedaban cuarenta o cincuenta por encima, lo suficiente para no intranquilizarse por falta de aire respirable.

Pero toda la hermosura del panorama de Plutonia quedaba empañada por la presencia de aquellos soldados, cuyo oficial comandante acababa de dar unas órdenes bien explícitas.

Chuck estudió la rara vestimenta de aquellos individuos: blusas cortas, pantalones estrechos y ceñidos en las piernas, calzado similar al que llevaban Elda y sus amigos, y armados con lo que a él le pareció ridículas espadas, más propias del vestuario de una opereta romántica que no como arma ofensiva y defensiva. Tenían la cabeza cubierta por un casco semiesférico, asimismo de oro, sin ningún adorno, pero un examen más atento convenció a Chuck de que también eran portadores de aquellos extraños cilindros que podían, según manifestaciones de Elda, desintegrar la materia en un instante.

Elda echó para atrás la capucha de su blusa, dejando, con el gesto, que una catarata de negrísimos cabellos, suaves, brillantes como ala de cuervo, resbalase hasta sus hombros. Adelantó un paso, levemente encendidas las mejillas por la ira que, de repente, se había albergado en su seno.

—¿Cómo se atreve el Jerarca — dijo — a pedirme estos hombres? ¿Quién le ha dado autorización para tamaño dislate?

El oficial enrojeció ante lo que él consideraba una ofensa inmerecida.

—No es asunto mío — respondió—, discutir la licitud de las órdenes que se me dan, sino cumplirlas al pie de la letra.

—Pues no obedeceré — exclamó Elda, golpeando impaciente el suelo con el pie—. Hhanos, dile al Jerarca que estos extranjeros se vienen conmigo y que, si quiere buscarme, ya sabe dónde me tiene.

Elda dio un paso hacia adelante, quedando casi junto al oficial. Pero éste no se movió; antes, con cortés firmeza, la cerró el paso.

—Lo siento, noble dama — dijo—; pero he de cumplir las órdenes que se me han encomendado.

—Veo — murmuró fríamente la joven—, que estás incluso dispuesto a llegar a la violencia, Hhanos. ¿Te atreverás a ponerme la mano encima, a mí?

—Si es necesario, sí, Elda. Vamos, dame a los extranjeros.

Chuck se rascó la mandíbula pensativamente. Rió amargamente en su interior. «Y pensar —se dijo—, que estos tipos no quieren contactos con nosotros, los de arriba, porque no quieren ser víctimas de nuestros odios y rencores. ¿Y esto... puede saberse qué es?»

—He dicho que no, Hhanos. Y no me obligues a más...

El oficial dio un paso atrás.

—¡Soldados! — gritó, pero no pudo decir nada más.

Un rayo de brillante luz partió de uno de los cilindros desintegrantes, empuñado decididamente por Krahni. Hhanos se transformó instantáneamente en una estatua de color rojizo, que luego fue perdiendo tono, hasta convertirse en algo negro y repelente, súbitamente disuelto en apestosas cenizas por un golpe de viento.

Los soldados retrocedieron un paso, echando mano a sus cilindros. Sonaron algunos gritos de cólera.

Chuck comprendió al instante lo que iba a ocurrir. Tomando por un brazo a la muchacha, la arrastró, tirándola al suelo, sin ningún género de consideraciones. Los cilindros desintegrantes chispearon por encima de ellos.

Un cuerpo cayó al lado de Chuck. El joven alzó los ojos, viendo a Manelli tendido en el suelo, con una feroz expresión retratada en el rostro. El «gangster» tenía en la mano una pesada automática y se disponía a utilizarla.

La mano de Chuck fue infinitamente más rápida. Golpeó con el filo la muñeca armada, y la pistola cayó, rebotando sobre el duro pavimento con metálico gañido. Resbaló, y Manelli, enfurecido, quiso ir hacia ella, pero Chuck, agarrándole de un tobillo, se lo impidió, pese a los enérgicos esfuerzos que, entremezclados con obscenas interjecciones, hacía el «gangster».

Un repugnante olor a carne quemada invadió la atmósfera. Chuck no supo nunca cuánto había durado aquel combate, porque, de pronto, sus ojos captaron la imagen de un par de soldados que, lanzando agudos gritos de miedo, huían despavoridos. Al volver la vista al otro lado, vio a cuatro o cinco de los hombres de Elda, en pie, vociferando jubilosas exclamaciones de victoria. Pero su número inicial, de unos doce, se había reducido en dos tercios, aproximadamente. Krahni contaba entre los supervivientes.

Chuck se levantó, dando a Elda la mano para que hiciera lo mismo. Los ojos de la muchacha no demostraron la menor impresión al ver los resultados de su resistencia.

El joven sonrió sarcásticamente, dispuesto a dirigir a la joven una frase irónica sobre lo sucedido, pero antes de que pudiera hacerlo, algo le golpeó duramente el mentón.

Elda chilló.

Cientos de estrellas comenzaron a bailotear ante las pupilas del joven. Cuando Chuck pudo centrar debidamente sus imágenes, contempló la redonda faz de Manelli inclinada sobre la suya. El «gangster» tenía en la mano la pistola con cuyo cañón le había golpeado la barbilla.

—¡Imbécil! — gruñó Manelli—. ¿Quién diablos es usted para entrometerse en mis asuntos? ¿Por qué razón me impidió defenderme?

Chuck se incorporó lentamente, mirando con fijeza a su interlocutor.

—Me parece que el único imbécil que hay aquí es usted — dijo con calma que ocultaba la tempestad que hervía en su pecho—. Le impedí disparar porque, sencillamente, ¿qué nos importa a nosotros ir con unos o con otros?

—Aquellos tipos empezaron a disparar sus desintegrantes...

—Lo hicieron para defenderse de Krahni y los suyos; no lo olvide usted, Manelli.

—Sea como fuere, yo no tenía ganas de que me convirtieran en un montón de negruzca ceniza, Parrish.

—¿Sí? ¿Acaso tiraron contra nosotros o sus esbirros? Véalos ahí; ellos fueron mucho más inteligentes y se cuidaron mucho de utilizar sus pistolas. En cambio, fíjese en lo que les ha ocurrido a quienes usaron las desintegrantes. ¿Cuántos se han salvado? Además, nosotros aquí somos extraños y no debemos mezclarnos en los asuntos de los dueños de este país, sean quienes sean y piensen como piensen.

De pronto, el joven se volvió hacia Elda.

—Ese Jerarca, ¿es vuestro jefe de estado, aquí en Plutonia?

—Sí — laconizó la muchacha.

—¿Lo ve usted, Manelli? Aquí tiene usted a una rebelde que...

—¡Un momento! — gritó Elda, interponiéndose—. Me parece que estás tergiversando mi actitud, Chuck... En el sentido estricto de la palabra, yo no soy una rebelde sino...

—¿De veras? — se burló Chuck—. Ese desgraciado oficial Hhanos o como se llamase, a quien volatizó tú esbirro era un hombre que se limitaba a cumplir las órdenes que le habían dado. Y sus soldados lo mismo. ¿Por qué hacerles pagar culpas que no tenían?

Una desdeñosa sonrisa curvó los rojos labios de la muchacha.

—Se ve que desconoces nuestras interioridades, Chuck — dijo.

El joven se irguió.

—Os estamos muy agradecidos por habernos salvado la vida — repuso—; pero ello no es obstáculo para que te reproche, como mereces, tu actitud, por culpa de la cual han muerto una docena de hombres o más. ¿Y sois vosotros — agregó con infinito desprecio — los que no queréis vivir arriba, en la superficie, con nosotros?

—¡No tengo por qué darte ninguna explicación, Chuck Parrish! —gritó ella, sofocada por la cólera—. Y harás bien en callarte o...

—¿O qué? ¿Acaso me harás desintegrar como a esos infelices? — rió desvergonzadamente el joven—. ¿Es eso lo que haces con todo el que no piensa como tú?

—¡Basta, basta ya! ¡Krahni, da una lección a este deslenguado!

El hombre asintió y encaró su cilindro hacia Chuck. Éste se dispuso a saltar, pues no quería morir sin lucha, pero no tuvo tiempo.

Un candente latigazo le recorrió todo el cuerpo, desde la raíz del cabello a las puntas de los pies. Una agónica sensación de calor al rojo vivo le hizo estremecerse, retorciéndose epilépticamente, hasta que, falto de fuerza en las piernas, cayó al suelo, en donde quedó exhausto, jadeante, perdida por completo la respiración.

—Así — murmuró Elda, colérica aún, pero satisfecha—, aprenderás a callar cuando debes. ¡Krahni! —ordenó—. Disponlo todo para la marcha.

Unas fuertes manos le ayudaron a incorporarse. Los burlones ojos de Cesco y Tonio le miraron desde corta distancia.

—Yo siempre lo he dicho, amigo Parrish — refunfuñó el primero—; antes que meterme con una mujer, me hago domador de tarántulas y serpientes de cascabel.

Sintiendo aún una intensa flojedad en las piernas, Chuck fue arrastrado hasta el final de la plataforma, que se transformaba en una amplísima aunque poco elevada escalinata, a cuyo pie había varios vehículos. Se metió en uno de ellos con Elda, Krahni y Manelli, en tanto que los restantes lo hacían en otro.

Krahni en persona conducía el aparato, pero Chuck no estaba en condiciones de apreciar la forma de energía que hacía mover aquel automóvil, cuya marcha era, además de velocísima, silenciosa y sin la menor vibración. La autopista estaba frecuentadísima, pero ninguno de los ocupantes de los demás vehículos se fijó en ellos.

La ciudad se fue acercando rápidamente. Poco antes de llegar a ella, Krahni hizo que el vehículo tomase por una autopista lateral, que iba ganando

altura, a modo de viaducto, sobre los hermosos edificios de la ciudad, en cuyas amplísimas calles se veían numerosísimos vehículos y transeúntes. Mientras tanto, Elda y Manelli parecían haberse hecho muy buenos amigos y charlaban apaciblemente.

—Esta ciudad es magnífica — decía el «gangster»—. Aquí, un hombre aprovechado, debe tener miles de oportunidades, ¿no es así? ¿Cómo se llama esta ciudad?

—Plutonia, lo mismo que nuestro país, de la cual es la capital.

—¿Y... es muy grande Plutonia? No me refiero a la ciudad, sino al país — dijo Manelli.

—Pues sí, más de lo que parece. Aproximadamente, las dimensiones longitudinales deben de ser unos ochocientos kilómetros, por casi la mitad de anchura. La altura varía entre los diez y los veinte kilómetros.

Manelli lanzó un silbido.

—¡Fiuuu...! Si que es grande la cuevecita. ¡Trescientos veinte mil kilómetros cuadrados!

—Poco más o menos, tal es la cifra — concedió Elda sonriendo.

—¿Y no se cae el techo? — preguntó Manelli, mirando aprensivo hacia arriba.

—¿Por qué había de caerse? Es sólido, firme, aunque he de reconocer que, en ocasiones, los terremotos desprenden algunas grandes rocas de la bóveda. Pero no en vano son cuarenta kilómetros de espesor sólido, y hay que tener en cuenta que Plutonia es una a modo de burbuja, que amortigua, desviándola notablemente, la onda sísmica. De no ser así, ¿cuánto tiempo no haría que se habría desplomado el techo?

Manelli volvió a silbar.

—Cuatrocientos kilómetros de ancho — dijo—. La verdad, soy un zote en geografía, pero uno de los extremos del país debe de estar situado bajo el mar, ¿no es así?

—Exacto. La zona Oeste se adentra unos ciento quince kilómetros, por término medio, bajo el fondo del Pacifico.

—Lo cual reduce notablemente el espesor de la bóveda.

Elda se echó a reír.

—No se apure, señor Manelli. Los plutonianos vivimos aquí desde tiempo inmemorial, y no se conoció nunca un cataclismo como el que usted pretende insinuar. Está mucho más seguro en Plutonia que en la planta baja de uno de esos colosales rascacielos de su país.

—¡Usted conoce la Tierra! —exclamó acusadoramente Manelli.

La muchacha lanzó una corta y argentina carcajada.

—De referencias tan sólo, amigo Manelli. Pero tengo suficiente con lo que he visto... en los libros y los mapas. ¡Ah! Ya estamos llegando.

El viaducto había ganado altura, elevándose al menos cien metros sobre los tejados y azoteas más elevados, retorciéndose y siguiendo una ruta completamente desigual, a la cual se amoldaba Krahni, conduciendo el automóvil con singular pericia. A pesar de la pendiente, la velocidad no se había moderado, y Chuck la calculó fácilmente en ciento cincuenta kilómetros a la hora.

Repentinamente, la autopista concluyó, cerrado su paso por una altísima torre, de unos trescientos metros de elevación. Una gran puerta se veía en el extremo del viaducto, y Krahni disminuyó la marcha del vehículo.

Pero no lo detuvo del todo; cuando ya parecía inminente el choque, la puerta se abrió por sí sola. El automóvil penetró en la torre y, diez metros más adelante, se detuvo con blando frenazo.

Elda fue la primera en bajar a tierra. Con el gesto indicó a los demás que le imitasen y luego echó a andar, subiendo por una ancha escalera, brillantemente iluminada por grandes vidrieras que dejaban ver el hermoso panorama de la ciudad. De tanto en tanto, algunos hombres y mujeres, todos ellos de pómulos salientes y ojos oblicuos, se cruzaban con la muchacha, saludándola sin grandes aspavientos, pero con profundo respeto.

La escalera terminó en una especie de zaguán o vestíbulo, casi del diámetro de la torre, en el cual había, intercaladas, vidrieras y puertas. En uno de los lados faltaban totalmente los ventanales, sustituidos por dos grandes puertas.

Elda caminó hacia una de ellas, asiendo el pomo con la mano. Se volvió, sonriendo, hacia los terrestres.

—Mis servidores vendrán ahora con ropas y alimentos para todos vosotros. Tendréis lo suficiente para el aseo y...

—¡Un momento! — pidió Chuck, ya casi repuesto de la descarga que le lanzara Krahni con el desintegrante a baja tensión—. Antes me gustaría saber cuál es la suerte que nos aguarda a todos nosotros.

—Lo sabrás a su debido tiempo, Chuck. Ahora, entrad ahí. No os sorprendáis, si véis algunos seres de vuestro mundo de superficie.

Chuck y los «gangsters» obedecieron. Al abrir la puerta, una gran habitación, lujosamente amueblada, apareció ante sus ojos, así como las cuatro personas que la ocupaban en aquellos momentos, y que se volvieron rápidamente al ver abrirse la puerta.

Uno de los que estaba allí, un hombre alto, prácticamente un gigante, de risueña expresión en el rostro, lanzó una sonora exclamación en la que concentraba toda la sorpresa que sentía al reconocer a uno de los recién llegados.

—¡Por todos los Santos de la Corte Celestial! Pero... ¡si es Chuck Parrish!

Y el joven, por su parte, lanzó también otra exclamación con tanta o más sorpresa que el hombre que acababa de reconocerle.

—¡Harry Squibbs! —gritó.

CAPÍTULO V

CHUCK miró con aprensión la masa en forma de flan, de color rojo brillante, que tenía ante sí, en un plato de oro, junto con una cucharita del mismo metal. En el lado opuesto de la mesa, su amigo Squibbs le miraba, sonriendo irónicamente.

—Anda, hombre — le decía—; come sin miedo. No es veneno, sino todo lo contrario.

Después de haberse aseado y afeitado, y vestido las ropas que les habían entregado los servidores de Elda, Chuck había pasado a otra habitación, que evidentemente sería su dormitorio, hasta la cual le había acompañado Harry. Manelli y los suyos se hallaban en una estancia contigua.

—Yo lo he probado y es buenísimo — dijo Harry—. ¿Qué otra cosa te crees que he comido desde que estoy en Plutonia?

—No es eso — murmuró Chuck con melancólico acento—, sino lo a gusto que cambiaría este flan por un buen filete sangrante, asado a la plancha, con unas cebollitas tiernas, una capita de mostaza por encima...

—¡Calla! — gruñó Harry repentinamente molesto—. No me recuerdes esas cosas. De todas formas, si nos hemos de quedar aquí, más vale que nos acostumbremos a ello, Chuck. Y alimenta muchísimo más que todas esas «porquerías» que acabas de mencionar.

—No me lo digas, por favor — suspiró Chuck, atacando el flan con decisión, y despachándolo en contados segundos.

Al terminar, se sintió tan satisfecho como si hubiera sido actor principal de un banquete pantagruélico.

—Verdaderamente excelente —dijo Chuck—. Lo malo es que la monotonía en el sabor...

—¡Ca, no lo creas! No sabe igual nunca. A cada, digamos «comida», varía el gusto, aunque no la forma ni el color. Precisamente ayer me comí uno que parecía un pollo y que estaba...

Chuck depositó la cucharilla sobre la mesa. Miró fijamente a su amigo:

—Acabemos de una vez, Harry. ¿Qué sabes de Plutonia, de Elda y del Jerarca?

El gigante se rascó la barba meditabundo.

—Pues... de Plutonia te diré que pertenece a una raza que antaño vivió en la superficie del planeta y que se encerraron aquí huyendo de algo que todavía no he podido saber. No creas que llevo mucho más tiempo que tú; apenas cuarenta y ocho horas. Lo que sí sé es que tienen un grado adelantadísimo de civilización, como habrás podido observar tú mismo. El ascensor que recorre sesenta kilómetros en vertical y esos tubitos que desintegran a un hombre en menos que canta un gallo, son buena prueba de lo que te estoy diciendo.

—Sobre todo el ascensor — comentó Chuck—. Es una obra de ingeniería que deja ridículo a los Faraones que construyeron las pirámides.

—Y a todas nuestras obras actuales, Chuck, no lo olvides.

—Bien, sigamos ahora con Elda. ¿Qué sabes de la morena?

—Aparte de que es guapísima y que parece la presidenta del Comité de Recepción y Bienvenida, parece ser que ocupa actualmente un puesto que no está en consonancia con su condición social.

Los ojos de Chuck brillaron repentinamente.

—¡Ya! De ahí su resistencia a cumplir las órdenes del jerarca, ¿no es así?

—Posiblemente, muchacho. Pero no sé mucho más que eso, si quieres que te diga la verdad.

—Y del jerarca, ¿qué sabes? ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

Harry se encogió de hombros.

—Saber, sé que es el fulano que gobierna a Plutonia. El que lo sea de un modo legal o ilegítimo, es cosa que no me quita el sueño, en tanto no se meta con nosotros y nos deje vivir pacíficamente. Y en cuanto a su nombre, te diré que los esbirros de Elda, antes de pronunciarlo, escupen. Yo no; decir Yakdor, no es cosa que me ensucie la lengua.

—¿Yakdor es su nombre?

—¡Ajá!

—Y Elda, ¿qué dice?

Harry volvió a levantar los hombros.

—No ha sido muy explícita que digamos. Además, en una civilización tan adelantada como la plutoniana, ¿qué diablos de nuevo podemos aportar, tú, piloto de aviación; yo, pirata y negociante, los pandilleros que vinieron

contigo, y los otros tres que cayeron con mi aparato, de los cuales hay un médico, un escritor de novelas del Oeste y de aventuras y una enfermera, sobrina, por la edad, de Matusalén? No — meneó Harry la cabeza—; algo hay podrido en Dinamar..., digo en Plutonia; pero como todo esto es nuevo para nosotros, no puedo identificarlo por el olfato.

Chuck asintió con la cabeza.

—Entiendo —dijo—. Yakdor es el jefe del estado de Plutonia, pero existe, a lo que parece, una fuerte corriente de oposición contra él, ¿no es así?

—De esta forma lo entiendo yo — accedió Harry.

—Y Elda, que cree tener derechos a la jefatura de Plutonia, nos va a utilizar como fulminante para la bomba que piensa arrojarle a Yakdor.

—Posiblemente.

—Pues no me gusta el papelito — masculló Chuck. Hurgó en sus bolsillos en busca de un cigarrillo, y al no encontrarlo, soltó una maldición—. Generalmente —añadió—, el fulminante vuela con la bomba, Harry.

—Es lo que yo digo. Toma — y le alargó un pitillo.

Chuck abrió los ojos, asombrado.

—¿De dónde lo has sacado? A lo que parece, estos tipos ignoran el tabaco.

—Me quedaban unos cuantos, y al ver lo contrariado que estaba, uno de los sabios partidarios de Elda, me hizo un buen montón de cigarrillos. Se llevó uno de muestra, a una máquina que tienen y que ellos llaman repetidora, y me trajo, un cesto. También *repitió* fósforos.

Chuck miró reverentemente el pitillo que su amigo le había entregado.

—¿Es cierto lo que dices, Harry?

—Por lo menos, repito, sin ser máquina, lo que me dijeron. Y la verdad, legítimos o falsificados, saben a buen tabaco yanqui. Todo lo demás, me tiene sin cuidado.

Chuck encendió el pitillo, y contempló a su amigo a través de las nubes de humo.

—¿Hasta — inquirió con incisivo acento —, el quedarte aquí de por vida, Harry?

—¿Y por qué no? Si me dejan tranquilo, ¿qué diablos hay aquí que no haya allá arriba? Ninguno de los dos tenemos familia que nos aguarde; la vida aquí parece fácil y sencilla; estas «discusiones» entre Elda y Yakdor parecen ser, al menos por ahora, cosa de política interna, en la cual ni tú ni yo nos vamos a meter; luego, ¿a qué romperse los sesos tratando de regresar a una

superficie que cada día se está poniendo más asquerosa?

Chuck asintió.

—Tienes razón, Harry. Pero olvidas una cosa: tú y yo somos un arma en manos de Elda. Las armas, muchas veces se rompen o se inutilizan y...

—¿Quieres decirme que echemos a correr hacia el ascensor y nos larguemos a la superficie? ¿Sabes manejarlo acaso? Y la guardia, ¿cómo la evitarás? No, Chuck, amigo del alma; para mí, no están todavía las cosas tan mal como para intentar el suicidio. Mi pellejo es duro, coriáceo y todo lo que tú quieras, pero, ¡qué diablos!, lo aprecio sólo un poco más que a ti, Chuck.

El joven aplastó el cigarrillo contra el plato.

—Sí — dijo pensativo —, acaso tengas razón, Harry; y lo mejor que podemos hacer es adoptar tu sistema filosófico.

—¡Como que es el único que da buenos resultados...! — exclamó Harry, interrumpiéndose repentinamente, porque alguien se asomó a la puerta.

Era Krahni, quien ordenó secamente:

—Pasen a la vecina habitación.

Chuck y Harry obedecieron, encontrándose en la estancia con sus restantes compañeros. Había dos puertas más en la estancia, todas las cuales estaban herméticamente cerradas.

—¿Qué ocurre, Parrish? — inquirió Manelli, muy nervioso e intrigado.

La enfermera, en un rincón, sollozaba lenta y metódicamente. El médico trataba de calmarla, en tanto que el escritor se aproximaba. Chuck lo vio alto, con gruesos cristales en las gafas, un poco desgarbado.

—No lo sé — contestó —; Krahni nos mandó aquí. Supongo que deberemos aguardar, ¿no?

—Pero...

Harry se enzarzó en una ardua discusión con el pandillero, tratando de inculcarle su filosofía. Chuck mientras tanto, se acercó a uno de los enormes ventanales, y durante un buen rato contempló el esplendente paisaje de Plutonia, a casi doscientos metros bajo sus pies.

Durante un buen rato; permaneció en el mismo sitio, insensible a las discusiones provocadas por Manelli, a quien secundaban en un todo sus acólitos. Los plutonianos no les habían despojado de sus pistolas, y Harry y el escritor trataban de disuadirles del empleo de la violencia. La cosa se agudizó.

De pronto, los ojos de Chuck se dilataron. Algo venía volando hacia la torre.

—¡Aviones! —gritó sin poderse reprimir.

Todos corrieron hacia la ventana. Chuck tenía razón, pero sólo en parte.

No eran literalmente aviones, sino unos aparatos que volaban, enteramente parecidos a los artefactos que los habían traído hasta allí, con la diferencia de que, de sus costados y por el centro, les sobresalían unas cosas relativamente planas y que no podían confundirse en modo alguno con unas alas sustentadoras. Chuck calculó que debían de formar parte del sistema propulsor, y no se equivocaba, como podría comprobar algo más tarde.

Los aviones, en número de diez o doce, volaban en formación cerrada, la cual se disolvió repentinamente, transformándose en un círculo que rodeó totalmente la elevada torre. Luego, para pasmo de los espectadores terrestres, se quedaron inmóviles en el aire sin que el gesto les costase, al parecer, ningún esfuerzo.

—¡Diablos! — masculló Harry—. Si yo poseyera un aparato de ésos, me iba a reír de todos los fabricantes de helicópteros del mundo.

—Su maravilla, a mi entender — dijo Chuck con reflexivo acento—, no consiste tanto en la forma como en el motor que los anima.

—¿Qué clase de motor será? ¿Algún desgravitante?

—Pudiera ser...

—En tal caso, ¡qué fáciles serían los viajes interplanetarios, aún en embrión! — dijo el escritor, muy pensativo.

Chuck asintió.

—No se ven llamas por un tubo de escape, luego el motor no es de combustión — dijo.

Durante un buen rato permanecieron allí, charlando y cambiando comentarios sugeridos por la presencia de aquellos extraños aparatos voladores. Por más esfuerzos que hacían, no lograban averiguar los motivos de su inmovilidad en aquel punto.

Súbitamente, uno de ellos emitió, por la redondeada proa, algo muy parecido a un cegador chispazo, de apenas una centésima de segundo de duración. Casi en el mismo instante, pudo percibirse un sordo estruendo bajo los pies de los terrestres, junto con un violento estremecimiento de la colosal torre,

—¡Nos bombardean! — gritó alguien histéricamente.

—¡No puede ser! — exclamó Chuck de un modo inconsciente.

Apenas había hablado, cuando el ruido y el temblor se produjeron nuevamente.

—¡Cáscaras!— gruñó Harry—. La cosa va en serio. Oye, Chuck, me parece que vamos a tener que hacer algo. No me gustaría romperme el cráneo desde una altura de...

Algo le interrumpió.

¡BOOOOM! ¡BOOOM!...

Las dos detonaciones sonaron casi simultáneamente, haciendo vibrar violentamente el edificio. La enfermera comenzó a chillar histéricamente, presa de una violentísimo ataque de nervios, que no podía calmar el médico, pese a todos sus reiterados esfuerzos.

Alguien respondió desde la torre, convirtiendo a uno de los aviones en una antorcha, que se desplomó dejando tras sí una larga estela de humo. El resto de los aviones empezó a moverse, sin perder gran distancia, en una especie de danza singular, como si con ello quisieran esquivar los disparos de los secuaces de Elda.

Un nuevo impacto en la torre provocó la apertura de una larga grieta en su estructura, grieta que se ensanchó rápidamente, destrozando uno de los ventanales. Harry lanzó un grito llamando a su amigo.

—¡Vámonos de aquí, Chuck! ¡Esto huele a quemado!

Los dos amigos, seguidos por el resto de los terrestres, se lanzaron a la carrera hacia la puerta que daba al vestíbulo. Chuck fue el primero en llegar, lanzando una maldición al ver que estaba cerrada.

—¡Déjame a mí! — pidió Harry, y acto seguido, cargó con el hombro contra aquella barrera que les impedía salir.

¡Crac!

La puerta saltó de su marco, aplastando bajo ella, al caer, a alguien que lanzó un horrible grito de agonía. Harry, arrastrado por su impulso, cayó también.

Una mano asomó entonces por el marco, empuñando con firmeza un amenazador cilindro desintegrador.

La mente de Chuck fue menos rápida que su gesto. Su mano se disparó, con la velocidad de una cobra atacando, y asió la muñeca armada. Tiró de ella con fuerza, al mismo tiempo que adelantaba el hombro.

El resultado fue un hombre volteando por los aires, que cayó al suelo y resbaló por él hasta detenerse, totalmente inconsciente. Para entonces, el cilindro desintegrador ya había pasado a manos del joven.

Chuck observó que no había más guardias vigilándolos y los supuso, acertadamente, empeñados en la defensa de la torre. Encabezando al grupo, atravesó el vestíbulo, descendiendo las lujosísimas escaleras.

Entonces se dio cuenta de que los temblores del edificio habían cesado. No tuvo tiempo de preguntarse si Elda se había rendido o no, porque apenas pisó el rellano de la entrada, la vio, inmóvil, de pie al lado de Krahni y junto a media docena de sus secuaces.

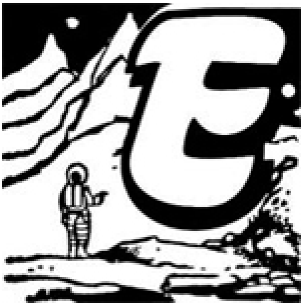
Elda y los suyos permanecían quietos, en una, actitud que denotaba claramente la suerte que habían corrido. No hacía falta ver a los guardias que los custodiaban para darse cuenta de que acababan de entregarse.

Un hombre, al ver a los terrestres, lanzó una exclamación de alegría.

—¡Menos mal! — dijo satisfechísimo—. ¡Están vivos!

Chuck supo al instante que se hallaban en presencia del Jerarca de Plutonia. No podía ser otro que aquel que acababa de gritar, jubiloso por haberlos hallado indemnes.

CAPÍTULO VI



L Jerarca de Plutonia era un tipo alto, delgado, casi esquelético, con unos brillantes ojos negros, sumidos en las concavidades de sus órbitas, que daban la sensación de un poderío y una fuerza mental tremendos. Apenas si vestía un poco mejor que los demás, y la única insignia que llevaba era una especie de medallón, muy grande y pesado, de unos diez centímetros de diámetro, rodeado de unos botones rojos que lanzaban destellos de singular belleza.

Los soldados que le rodeaban iban todos armados con cilindros desintegrantes, con los cuales encañonaban a Elda y los suyos. Yakdor miró a sus prisioneros desdeñosamente y dio una seca orden.

—¡Lleváoslos!

Elda y sus esbirros fueron conducidos hacia uno de los aparatos voladores situados al lado del viaducto, el cual; apenas hubo tomado su humana carga, emprendió raudo vuelo con destino desconocido. El Jerarca quedó allí, con media docena de oficiales.

Yakdor dio un paso hacia los terrestres.

—Os ruego que me dispenséis por las medidas que me he visto obligado a tomar y que, a decir verdad, han sido en contra de mi voluntad. Antes de atacar; parlamenté con Elda, pero sólo cuando vi que toda discusión era inútil, di orden de bombardear la torre. Sabía que, por no causaros daño alguno, acabaría por rendirse; y así ha sido, en efecto.

Chuck dio un paso hacia adelante.

—¿Puedo preguntarle qué es lo que van a hacer de nosotros?

—No temas; nadie os hará el menor daño. Nunca se lo hemos hecho a cuantos han venido de la superficie del Planeta a Plutonia, y vosotros no vais a ser la excepción, a menos, claro está, que deis motivos para ello. Lamento, con toda sinceridad, que nuestro primer encuentro haya tenido que celebrarse de una forma tan desagradable.

—¿Y Elda? ¿Qué piensa hacer con ella? — preguntó Chuck.

Una singular sonrisa apareció en los labios de Yakdor.

—Aunque ella insista en sostener todo lo contrario, es una ciudadana de Plutonia, y, por tanto, sujeta a las leyes de la Jerarquía. Pero eso ya no es cuenta tuya, terrestre.

Chuck se estremeció, pensando en que la suerte que aguardaba a Elda no tenía nada de envidiable. Pero tampoco, se dijo, estaba en su mano el hacer nada por la muchacha.

—Y ahora, venid conmigo — dijo el Jerarca, dando media vuelta y echando a andar.

Los ocho terrestres fueron conducidos hacia uno de los aviones que se sostenía inmóvil junto al viaducto. Apenas hubieron entrado en él, el aparato emprendió rauda marcha, sin ruidos ni trepidaciones innecesarias.

El viaje no fue muy largo. Atravesaron la ciudad, tomando luego la dirección Oeste, según el eje del planeta, encaminándose hacia un altísimo edificio, todo él de mármol negro, formado por dos torres gemelas enlazadas entre sí por atrevidísimos puentes, situados en distintos niveles. Uno de los oficiales les informó que aquellas dos torres eran la residencia habitual del Jerarca, y donde tenía la sede de su gobierno. El avión se detuvo al lado de un puente, en el cual desembarcaron todos.

Chuck y sus compañeros fueron conducidos a una habitación, en la cual permanecieron muy poco tiempo. Un oficial penetró, saludándoles cortésmente.

—En nombre del Jerarca —dijo—, tengo el honor de ofreceros la más cordial hospitalidad de Plutonia. En tanto estéis aquí, seréis sus huéspedes, sin que, de momento, tengáis que preocuparos por nada.

Chuck avanzó un paso.

—¿Nos van a tener siempre encerrados en la torre? — preguntó.

—Oh, no, por el contrario...

El oficial se interrumpió y volvió hacia la puerta, abriéndola. Un par de hombres penetraron con sendos artefactos en las manos, muy parecidos a cámaras fotográficas, y con ellos impresionaron placas de cada uno de los terrestres. Al terminar su labor, se marcharon, y entonces el oficial dijo:

—Esto que acaban de hacer es para una especie de documento de identidad que os permita circular libremente por todo nuestro país. Todo plutoniano está obligado a llevarlo, desde su llegada a la edad adulta. Es como éste; ¡mirad!

Del interior de su blusa, el oficial extrajo un medallón muy parecido al que habían visto en el pecho del Jerarca, aunque sin los rubíes y de un

diámetro inferior en un par de centímetros. El medallón tenía el espesor de medio centímetro, y en su cara anterior se veía, en bajo relieve, un rostro humano, idéntica reproducción de la faz del oficial.

Curioso, Chuck alargó la mano para tocarlo, pero el oficial retrocedió como si le hubiera picado un áspid.

—Oh, no, no... —exclamó vivamente—. No se te ocurra tocar jamás un medallón que no sea el tuyo, pues correrías el riesgo de morir, por lo menos, y esto con toda seguridad, perderías la mano, que se te abrasaría con el solo contacto del metal.

Chuck respingó.

—¡Diablos! Y a ti, ¿por qué no te hace ningún mal?

—Porque está ajustado a la composición atómica y molecular de mi cuerpo. No hay cuerpo humano que tenga la misma composición atómica, de ahí que la falsificación del medallón sea humanamente imposible.

—Vamos, algo así como una especie de huellas dactilares, ¿verdad?

—Exacto. Y los fotógrafos que os tomaron la imagen con sus cámaras, hicieron que éstas analizasen al mismo tiempo la valoración de vuestros organismos, con lo cual, el medallón que se os entregue estará justamente adecuado a cada uno de vosotros.

Chuck miró a Harry. El gigante silbó.

—Si esto es verdad, ¡vaya una civilización la de estos pájaros!

El oficial sonrió.

—Gracias por tus elogios. Ahora os dejo. Los sirvientes vendrán muy pronto a traeros la cena, y luego os indicarán los respectivos dormitorios. Ya — dijo mirando a través de la vidriera — no falta mucho para la llegada de la noche.

—¡Cáspita! —gruñó Chuck—. ¿También aquí se pone el sol?

—No es el sol exactamente...; pero esto os lo explicará mañana el Jerarca. Tiene por norma hacerlo con todo habitante de la superficie recién llegado a Plutonia. ¡Adiós!

Cuando, una vez cenados, se disponían a acostarse, antes de hacerlo. Chuck y Harry intercambiaron unas cuantas frases. Estaban en una habitación con dos lechos, pues los sirvientes los habían distribuido según sus preferencias. Manelli y sus acólitos estaban en otra estancia, en tanto que el médico y el escritor dormían en una contigua. A la enfermera le habían reservado un dormitorio aislado.

—¿Qué opinas de todo eso, Harry? — inquirió Chuck, en tanto fumaba un

cigarrillo.

—Pues que me siento como Alicia en el País de las Maravillas, muchacho. Cosas como las que he visto en Plutonia no las había visto jamás, ni siquiera en sueños.

—Yo lo que me pregunto — dijo Chuck — es por qué el Jerarca tiene tanto interés en nosotros. Me explico que nos salvaran; creo, desde su punto de vista, lógico el que traten de conservar a toda costa el secreto de esta nación sumida en las profundidades del planeta; pero lo que ya resulta para mí absurdo, es el porqué de la enemistad entre Elda y Yakdor, enemistad que no puede basarse simplemente en la posesión de ocho terrestres, cuyos cerebros, a decir la verdad, no pasan de un corriente término medio. Un negociante, un médico, un escritor, tres pandilleros, una enfermera y yo, un piloto aviador, ¿qué podemos aportar a esta civilización tan adelantadísima?

—Esto, mi querido amigo, lo sabremos mañana, cuando nos lo explique el Jerarca. Por mi parte... — y Harry, con gesto elocuente, se metió en la cama.

—¿Y Elda? ¿Qué suerte va a correr?

—¿Qué esperas que le pase? ¿Que le den una medalla por haber sido la causante de una docena de muertes? Eso es algo que no me preocupa lo más mínimo, Chuck.

—Pero te salvó la vida — le recordó el joven.

—Y a ti también. No obstante, pienso que, si no hubiera sido ella, lo hubiera hecho algún otro plutoniano; conque, ¿a qué perder el sueño? ¡Hasta mañana, muchacho, y olvida a la chica! Según lo que he visto, aquí no deben de faltar otras tan bellas y hermosas como Elda, de modo que te será fácil escoger. Olvídala y descansa; es un consejo de amigo.

Sin embargo, a Chuck le fue bastante difícil seguir la recomendación de Harry, ya que, pensando en la suerte que podía correr la infortunada Elda, tardó bastante en dormirse, y cuando lo hizo su sueño se vio plagado de fúnebres visiones en las cuales veía a la joven ardiendo viva dentro de un colosal medallón, de cuyo interior no podía escaparse.

Fatigado y exhausto, se levantó a la mañana siguiente. Desayunó en compañía de los demás, cuya continua charla acabó por provocarle dolor de cabeza, por lo que, en cuanto pudo, se deshizo de ellos, aproximándose a un ventanal.

No tardó mucho, sin embargo, en llegar el oficial del día anterior.

—Os presento mis respetos — dijo—, junto con la orden del Jerarca de conduciros a su presencia.

Harry se frotó las manos.

—Esto está bueno —dijo—. ¡Vamos allá, chicos! Y usted, Manelli, guárdese las lágrimas para mejor ocasión.

El «gangster» le arrojó una furibunda mirada. Manelli se sentía muy desgraciado, embutido en aquellas extrañas ropas, y echaba de menos sus bien cortados trajes, sus camisas de «nylon» y sus corbatas pintadas a mano y adquiridas en la Quinta Avenida. Harry rió con desfachatez y siguió a Chuck, quien ya caminaba al lado del oficial.

Yakdor les recibió al lado de una amplia ventana, desde la cual se dominaba un extensísimo panorama de sin igual belleza. La habitación era un despacho o cuarto de trabajo, de grandes dimensiones, amueblado, sin embargo, de un modo menos lujoso, aunque muy práctico, de lo que Chuck habría creído en el personaje que gobernaba el país.

—Me ha gustado — empezó diciendo Yakdor — recibir siempre en persona a los habitantes de la superficie y procurar atenuar con mis palabras el hecho indiscutible de que ya no van a volver jamás arriba. Esto, en los primeros momentos, parece una desgracia, pero el tiempo acaba por suavizar la pena, y luego uno llega a sentirse un verdadero plutoniano. Encuentra una ocupación; el clima es maravilloso; unos lindos ojos le miran con picardía, y antes de que el infeliz se dé cuenta resulta la persona más dichosa del mundo, al lado de su plutoniana esposa y la media docena de chiquillos que le han nacido. Dícese que no hay regla sin excepción, pero yo no he conocido nunca a nadie que, al cabo de varios años, no se haya olvidado por completo del atormentado mundo que hierve y se agita a sesenta kilómetros por encima de nuestras cabezas.

—Todo eso está muy bien, Jerarca, pero nos gustaría saber... — dijo Chuck.

—Los orígenes de nuestro mundo, ¿verdad? —sonrió Yakdor—. Has formulado la misma pregunta que otros han hecho cientos de veces antes que tú. Plutonia es vieja, muy vieja, tanto como la Madre Tierra, y nosotros vivimos aquí casi desde el principio del mundo.

—¿A... antes del Diluvio? — dijo Chuck, estupefacto.

—Exactamente. Antes del Diluvio. Y antes del cataclismo que trastornó profundamente la superficie del planeta, convirtiendo los polos en trópicos y viceversa. Nuestros sabios supieron preverlo a tiempo y, al hallar este refugio, hicieron que la raza de la cual descendemos se refugiara en esta inmensa oquedad, de la cual no hemos vuelto a salir desde entonces.

Chuck miró atónito a Yakdor. Conocía la hipótesis, pero nunca había supuesto que fuera una realidad. En una época que se perdía en la noche de los tiempos, la Tierra había sufrido una terrible alteración en su eje, sufriendo una voltereta colosal, que cambió los helados desiertos polares en las actuales regiones tropicales y al contrario, trastocando por completo la faz del planeta,

en medio de terribles e incalculables catástrofes. Y aquellos plutonianos lo habían sabido advertir a tiempo...

—Sí — sonrió Yakdor, como adivinando los pensamientos del joven—. Supieron hallar esta colosal caverna, entonces situada bajo lo que era uno de los Polos, y aquí vinieron todos cuantos componían nuestra raza. Naturalmente, al llegar la hora del cataclismo, que ocurrió antes de que el planeta se hubiera, digamos, asentado definitivamente en su actual órbita y posición celestes, los daños causados en el interior de Plutonia fueron grandísimos. Pero teníamos por delante una eternidad para prepararlos y construir nuestra civilización... y lo hemos hecho — concluyó el Jerarca, sonriendo con justificado orgullo.

Hubo un momento de silencio, roto por la voz de Chuck.

—Realmente la historia, de la cual no tenemos motivos para dudar, es tan maravillosa como sorprendente, Yakdor. Ahora ¿podríamos saber las causas del interés que sentís hacia nosotros, habitantes de la superficie, sin ningún mérito especial que merezca las disputas que han originado las muertes de ayer?

Todos escuchaban con atención.

—Es muy sencillo — respondió Yakdor—. Aunque no queremos contacto alguno con el mundo exterior, siempre estamos alerta para salvar a los desgraciados que, como vosotros, y por una causa u otra, se pierden en la Cordillera. Podéis, como dices, no tener ninguna característica especial; pero sólo a vuestros ojos. Los nuestros ven personas de otro mundo, con nuevas ideas, que pueden refrescar y aun mejorar las nuestras, un tanto, preciso es decirlo, anquilosadas y rígidas a pesar de nuestra adelantadísima civilización. Os sorprendería conocer los resultados que han dado algunos de los vuestros, cuyas mentes no parecían pasar de un vulgar término medio.

—Vamos — dijo Chuck, convencido—; lo que se llama una renovación de la savia, ¿eh? Es una buena idea.

—Digámoslo así: la imagen es acertadísima — contestó Yakdor.

—Y la luz y el calor de Plutonia... ¿de dónde proceden?

—Tenemos esparcidas en distintos puntos del territorio varias máquinas enormes, colosales, de un tamaño y una potencia jamás conocidas por ninguno de vosotros, que renuevan y purifican el aire, al mismo tiempo que le inyectan las partículas luminosas que producen este resplandor que podéis apreciar, así como la temperatura adecuada. En el momento oportuno las máquinas descansan y se produce la noche, ciclo necesario, no sólo para la vida animal, sino también para la vegetal. La vida es fácil, sencilla, maravillosa y, una vez conocido nuestro país, ¿quién es el loco que quiere marcharse allá arriba?

Chuck se frotó la barbilla, mirando luego a Harry.

—En tales condiciones, por supuesto que nadie, Jerarca. Mi amigo y yo, por lo menos, nos quedamos. Y los otros...

El médico se encogió de hombros. La enfermera gimió, pidiendo la llevaran a un hospital, porque su corazón... El escritor se limitaba a escuchar atentamente, en tanto que Manelli, sin poderse contener, al oír las últimas palabras del Jerarca, había adelantado un paso, plantándose frente a Yakdor.

—Yo no puedo quedarme aquí — dijo, ceñudo—. Me gustaría, lo reconozco; pero tengo arriba negocios que...

—Aquí podrás hacer todos los que quieras — sonrió Yakdor—, Pero no vuelvas a repetir tal deseo, porque será inútil todo cuanto hagas en ese sentido.

Manelli soltó una exclamación obscena. Con los puños cerrados, avanzó hacia Yakdor. Su voz era chillona al decir:

—¡Quiero que se me proporcione un medio para llegar a mi destino! ¿Lo oyes? Tú podrás ser aquí el mandamás, pero yo no...

—¡Silencio!

Yakdor sonrió despectivamente. Alargó la mano, en la cual se veía un cilindro, y al instante Manelli cayó al suelo, retorciéndose y aullando a causa del dolor que le había causado la descarga a baja tensión del desintegrador. Sus compinches le ayudaron a levantarse.

Yakdor le miró con desprecio.

—Así castigo yo —dijo— a los deslenguados. La próxima vez no seré tan clemente y misericordioso contigo.

La enfermera seguía quejándose.

Apretó un timbre situado sobre su mesa y entró un oficial.

—¡A vuestras órdenes! — dijo.

—Acompaña a la enfermera al hospital. Que la curen del todo.

La mujer balbució unas trémulas palabras de gratitud y salió del despacho, apoyándose en el brazo que le ofrecía cortésmente el plutoniano. Apenas hubieron salido de la amplia estancia, Chuck dijo:

—¿Puedo hacerte de nuevo una pregunta, Yakdor?

Éste asintió.

—Estoy aquí para responderos a ellas. ¿De qué se trata?

Chuck vaciló un momento antes de hablar. Al fin exclamó:

—Me gustaría saber cuál es la suerte que va a correr Elda. Supongo que, después de lo que hizo ayer, después de todo lo que originó, ha de sufrir algún castigo, ¿no es así?

—Tu suposición es correcta, terrestre. Y lo vas a ver, así como tus compañeros, ahora mismo. ¡Seguidme!

Yakdor dio media vuelta, dirigiéndose hacia la pared opuesta al ventanal. Apuntó hacia ella con el cilindro, y al instante un enorme lienzo del muro se descorrió, dejando ver un gran hueco.

—Pasad dentro —dijo Yakdor—. No temáis.

El muro se volvió a cerrar, y entonces el suelo, que no era otra cosa que la plataforma de un ascensor, perdió altura con súbita rapidez.

CAPÍTULO VII



A puerta del ascensor se abrió, dejando paso a la resplandeciente luz que brotaba de una estancia que, según calculó Chuck, debía hallarse en las profundidades de la torre, muy honda en el subsuelo de Plutonia.

La estancia era muy grande, de forma circular, y tenía unas cuantas gradas que perdían altura hacia el centro, en donde se veía un espacio despejado, como una plaza de toros, de unos veinte metros de diámetro. Todas las gradas estaban ocupadas por plutonianos de ambos sexos, elegantemente vestidos, los cuales se pusieron en pie al aparecer Yakdor.

Le saludaron con profundas inclinaciones de cabeza, prorrumpiendo en gritos de alegría, que Yakdor agradeció con sonrisas. Había una especie de palco o tribuna en el centro, en el cual tomó asiento, rodeado por los terrestres. Los plutonianos parecían ansiosos de contemplar el espectáculo que, a no tardar mucho, iba a tener lugar en aquel reducido coliseo.

—Ahora veréis la suerte que las leyes de Plutonia reservan a los traidores — dijo Yakdor, y levantó la mano.

La arena estaba separada de la primera hilera de gradas por un muro de unos cuatro metros de altura, de cuyo borde superior, y con la punta hacia adentro, sobresalían unas agudísimas lanzas, que formaban un valladar imposible de atravesar, ya que su longitud era variable, y además, aun dejando una clara visión para el espectáculo, estaban muy juntas unas de otras.

Una puerta se deslizó en el muro, y por ella penetraron media docena de hombres, entre los cuales Chuck reconoció a Krahni. Todos iban armados con cortas espadas y miraron con infinito desprecio a Yakdor, el cual hizo caso omiso de los gestos de desafío de sus prisioneros.

Éstos, por lo visto, debían de conocer la suerte que les aguardaba, porque, sin mediar una sola palabra entre ellos, se dispusieron en hilera frente a un lugar del coliseo situado a la derecha de la tribuna. Voces y aullidos de placer se elevaron de entre los plutonianos espectadores, y Chuck adivinó que se estaban cruzando apuestas entre ellos acerca del tiempo que iba a durar la vida de cada uno de los sentenciados. Le extrañó no ver entre ellos a Elda, pero no

tuvo tiempo de hacer la menor pregunta acerca de su paradero.

Frente a los condenados, una puerta se abrió repentinamente, y el hecho provocó un repentino silencio en todos los espectadores. En un principio, y debido a la oscuridad que reinaba en el interior de la abertura, Chuck no distinguió otra cosa que una multitud de puntitos fosforescentes, que se agitaban de modo incesante.

Pero de repente un turbión de animales salió a la arena, y el joven no pudo contener un estremecimiento de horror. Un coro de infernales chillidos surgió de aquella tribu salvaje, compuesto por un par de centenares de animales muy semejantes a las ratas, pero del tamaño de un gato doméstico, con garras y colmillos afiladísimos.

El horror que inspiraban aquellas extrañas ratas estaba aumentado por la extraña coloración de su piel, de un repelente gris blancuzco moteado de rojo. El aspecto de aquellas bestezuelas no podía ser más feroz, y Chuck no tuvo la menor duda acerca del lado a que se iba a decantar la victoria.

Al salir a la arena, los animales se detuvieron un punto, como deslumbrados y asustados por el griterío, que había vuelto a reanudarse, y la luz del pequeño anfiteatro. Pero de pronto, con un súbito movimiento, como obedeciendo a una orden conjunta, se lanzaron al ataque, chillando de modo espeluznante.

Las espadas de los prisioneros voltearon rapidísimamente, destrozando cuerpos y partiéndolos en dos. Repelentes chorros de sangre volaron por los aires, junto con los destrozados fragmentos de las fierecillas. Los condenados se defendían encarnizadamente, matando numerosas ratas.

Por un momento pareció iban a triunfar, y gritos de decepción y cólera se elevaron de algunos de los espectadores. Bruscamente, un par de contendientes, exhaustos, cubiertos de sangre de pies a cabeza, cayeron al suelo, sepultados bajo una hirviente masa de animales que se ensañaban con ellos. Se agitaron un momento y luego se inmovilizaron, en tanto que la sangre se iba extendiendo lentamente bajo su cuerpo.

Otro, con un par de ratas con los dientes aferrados a su garganta, se separó de la masa general. Caminó, tambaleándose, media docena de metros, para ir a caer casi al pie de la tribuna. Diez fieras se le arrojaron encima, terminando de consumar la obra iniciada.

Chuck sintió que una ardiente náusea le subía del estómago a la boca. Aquello era superior a cuanto hubiera podido imaginarse, y hubo de agarrarse con fuerza a los brazos de su sillón para no prorrumpir en un puro alarido de espanto. Por el contrario, los plutonianos parecían complacidísimos del espectáculo que estaban contemplando.

El suelo estaba sembrado de cuerpos inmóviles de las bestias. Las

sobrevivientes, además de su ferocidad, poseían una grandísima agilidad que les impulsaba a dar enormes saltos. El cuarto condenado, con la yugular destrozada, se desplomó al suelo, pataleando espasmódicamente.

Quedaban ya sólo dos en pie, Krahni y otro, los cuales, codo con codo, con la espalda contra la pared, se defendían desesperadamente de los feroces ataques que les dirigían aquellas salvajes bestias, las cuales parecían estar excitadas por alguna causa desconocida para el joven. Acaso el hambre deliberado, pensó, en un fugaz momento de lucidez.

Uno de los supervivientes cayó un momento, incorporándose al instante, con media docena de bestias colgadas de su cuerpo. Atravesó a dos con la espada, pero las cuatro restantes se ensañaron con su rostro y cuello. Lanzó un horrible alarido de agonía, siniestramente cortado cuando unos agudos colmillos hicieron presa en su garganta. Se desplomó al suelo y por unos momentos su brazo armado aún se movió, impulsado por el irresistible e instintivo deseo de seguir viviendo. Pero, de pronto, la espada cayó al suelo.

Durante unos segundos más Krahni se defendió a ultranza, incluso despidiendo a puntapiés alguno de aquellos horribles bichos. Mas el olor de la sangre era demasiado fuerte y acabó por sucumbir, bajo una espesa y agitada capa de aquellas minúsculas fieras.

Las ratas debían de estar rabiosas, porque, una vez concluida la batalla con aquellos a quienes consideraban sus enemigos, empezaron a atacarse unas a otras, librando combates de un salvajismo sin igual. Pero aquello no parecía tener interés alguno para los espectadores, los cuales se volvieron hacia Yakdor, pidiéndole algo más excitante.

Éste alzó ambas manos, como asintiendo. Luego se volvió hacia sus huéspedes.

—¿Qué os ha parecido el espectáculo, terrestres de superficie?

Chuck iba a darle la adecuada respuesta, pero se le adelantó Manelli.

—A veces —dijo pensativo—, no son más fieras los animales de cuatro patas, sino los de dos. Entre vosotros gozamos fama de salvajes e incivilizados, pero espectáculos como éste no se ven jamás en nuestro mundo.

Los ojos de Yakdor chispearon. Quiso hacer un gesto de cólera, pero se contuvo al ver la decidida actitud del pandillero.

—No te muevas — dijo Manelli fríamente—, o te juro que, aunque sea lo último que haga en esta vida, te lleno el cuerpo de plomo. Mi pistola será anticuada, es cierto, pero capaz de volarte la cabezota con un solo disparo. Y tengo muy buena puntería, ¿sabes?

Yakdor emitió una sonrisita de circunstancias. Se encogió de hombros, diciendo:

—No soy yo, sino la ley inmemorial de Plutonia la que dispone la manera de morir quienes se sublevaron contra el Jerarca, sea éste quien sea.

—En nuestro país —dijo Chuck—, al condenado a muerte se le mata sin sufrimiento o con el menor sufrimiento posible, haciendo que su muerte sea lo más rápida posible; pero nunca torturándolo de la manera salvaje que habéis hecho vosotros. No. Yakdor, por mucho que os empeñéis, no podéis ser todo lo civilizados que pretendéis. Había pensado en que Elda era una rebelde por capricho o ambición personal, pero ahora voy temiendo que era ella quien tenía toda la razón.

Una mueca desdeñosa apareció en el rostro de Yakdor.

—Tienes curiosidad por ver qué va a ser de ella, ¿verdad? Un momento, por favor.

Yakdor hizo un ademán con la mano, y al momento ocurrió algo extraño. El suelo circular del anfiteatro giró, de una manera total, sobre un eje, a la manera de un escenario circular, pero en sentido verticular, con rápida acción. Hombres y bestias, muchas de éstas aún vivas, fueron arrojados a un lago que abría sus negras fauces bajo el suelo del coliseo y que, por la velocidad de giro imprimida, apenas si pudo ser entrevisto por los asombrados espectadores. El agua hirvió unos segundos con los chapoteos de los cuerpos que caían en ella, y luego todo quedó en la misma forma en que estaba.

—Para Elda reservo una muerte mucho más misericordiosa —dijo Yakdor —. Su belleza y su posición social la hacen acreedora a ello.

Agitó la mano y la puerta de acceso al anfiteatro se abrió. Por ella penetraron Elda, con las manos atadas a la espalda, y un hombre que la seguía, con una afiladísima cuchilla en la mano. El hombre era un verdadero gigante, de más de dos metros de altura, corpulento, musculoso, con la cara llena de chirlos y cicatrices, arrojando lumbre por el único ojo que le quedaba. Un silencio instantáneo se hizo apenas hubo hecho su aparición la pareja en el circo.

Elda vestía ahora una simple túnica muy corta, que le llegaba a las rodillas, sujeta por un vulgar nudo hecho en la misma tela al hombro. Miró a Yakdor con llameantes ojos desafiadores.

La muchacha, pálida, pero sin denotar miedo alguno, se detuvo en el centro del anfiteatro. Se arrodilló. Dobló la cabeza, en tanto que el verdugo levantaba la espada.

De pronto, Chuck se puso en pie.

—¡Un momento! —gritó, y su voz se expandió por todo el anfiteatro.

Los espectadores se volvieron en masa a mirarlo.

Chuck se dirigió hacia el Jerarca.

—Reclamo el derecho de luchar por la vida de esa mujer— exclamó con voz lo suficientemente alta, como para ser oído por todo el mundo.

—¡Elda no tiene ningún derecho! — chilló Yakdor—. Además, esto va contra todas las leyes de Plutonia y...

Sonriendo fríamente, el joven largó la mentira más gigantesca de su vida.

—Pero sí está admitido por las leyes de nuestro mundo, Yakdor. Allí, quien lo desea y tiene ciertas dudas sobre la culpabilidad de un condenado a muerte, y a veces, aunque éste sea ciertamente culpable, puede luchar por salvarle su vida. Yo reclamo ese derecho — concluyó el joven, ocultando zorrunamente que quienes en la superficie de la Tierra hacían tales cosas eran los abogados defensores, presentando los correspondientes recursos.

Yakdor se revolvió en su asiento, evidentemente inquieto. Se sintió contemplado por la asamblea en pleno.

—No puedes hacerlo — dijo al fin—. Tú eres ya un ciudadano de Plutonia y estás sujeto ahora a nuestras leyes, que no han previsto un caso semejante.

—¿Yo un ciudadano de Plutonia? — rió Chuck —. ¿Dónde está el medallón que me identifica como tal? Todavía no me ha sido entregado, y por lo tanto conservo mi nacionalidad. Pido que se me conceda el derecho de luchar por la vida de Elda.

—¡Bravo, muchacho! —gritó Harry—. Tienes un pico de oro. ¡Yakdor, concédele lo que te pide!

El Jerarca miró a un lado y a otro. De pronto un grito salió de las gradas.

—¡Que luche!

—¡Que pelee con el tuerto!

—¡Vamos, Yakdor, da tu permiso!

Yakdor era lo suficientemente listo como para comprender que, si no accedía, la asamblea se le pondría en contra. Y los espectadores que allí había constituían la crema de la sociedad plutoniana.

Admitió su derrota con una sonrisa.

—Está bien. Sólo falta saber si Thurd está dispuesto a aceptar el reto.

Thurd era el gigante, de cuya garganta salió una estridente carcajada.

—¡Que venga ese enano! — gritó—. Tipos como ése me los como yo cada mañana para desayunar.

Elda se había puesto de nuevo en pie, mirando hacia la tribuna con ansioso gesto. Voces de júbilo empezaron a elevarse de entre los

espectadores, quienes inmediatamente empezaron a cruzar sus apuestas. Chuck sintió de pronto que le tiraban de la manga.

Se inclinó hacia Manelli.

—Usted es de los míos, Parrish. Tome, y en cuanto pueda, atraviésele al tipo ese el aparato de pensar. Me da en la nariz que no ha de jugar limpio, ¿sabe?

Chuck agradeció con una sonrisa el gesto del pandillero, ocultando la automática entre sus ropas. Luego, con una espada en la mano de que había sido provisto, cruzó a grandes saltos las gradas, hasta llegar a su borde.

Pateó las bases de unas cuantas lanzas, quebrándolas. Luego saltó ágilmente a la arena.

Lo primero que hizo fue cortar las ligaduras que sujetaban las manos de Elda. Ésta le miró con una profunda expresión de gratitud en sus ojos.

—No debieras haber hecho tal cosa por mí, Chuck. ¿Qué idea tienes tú de la esgrima?

—Ninguna — sonrió él—. Es la primera vez que tomo un artefacto de estos en las manos. Apártate, por favor.

Elda retrocedió hasta situarse al pie del muro circundante, apoyando en él las palmas de las manos. Chuck giró, enfrentándose al gigantesco Thurd.

Tanteó la espada, para hallarle el punto de equilibrio. Encorvándose ligeramente sobre sí mismo, avanzó unos pasos, deteniéndose a cuatro o cinco metros de distancia de su enemigo.

No sentía rencor alguno contra Thurd, pero tampoco estaba dispuesto a dejar que se llevara a efecto, en tanto él pudiera impedirlo, una condena de muerte de cuya justicia, después de lo que había visto, dudaba mucho. En cierto modo empezó a comprender a Elda.

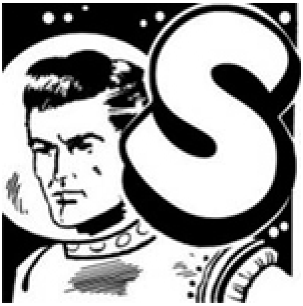
—¡Vamos, acércate! — le gritó el gigante con una bestial carcajada—. ¿Dónde está tu valor, terrestre? ¿En la boca?

—Ven tú a mí — le contestó Chuck, sin perder la serenidad—. ¿O se te ha encogido de pronto tu largo brazo?

Las palabras del joven levantaron un aluvión de risas entre los espectadores. Furioso, colérico, Thurd, con la espada en alto, cargó contra el joven.

Descargó un terrible golpe, y en el mismo momento Elda chilló agudísimamente.

CAPÍTULO VIII



QUIBBS contuvo el aliento al ver que la espada de Thurd caía sobre su amigo. Lo vio partido en dos por el fenomenal tajo, e, indudablemente, tal habría sido la suerte de Chuck si en el último momento no hubiera saltado agilísimamente a un lado.

Como acertadamente había dicho el joven, era la primera vez que tenía en sus manos una espada, pero ello no le impidió que, al ver el costado izquierdo de su enemigo al descubierto, alargara el brazo, clavándole bastante profundamente el arma en el flanco.

Thurd lanzó un ronco grito de cólera y rabia al sentirse herido. No obstante, se necesitaban muchos más golpes para abatirlo, y así, girando sobre sí mismo, hizo, describir a su arma un velocísimo molinete en sentido horizontal.

Chuck se agachó rápidamente, sintiendo un escalofrío al percibir el ominoso siseo del acero a escasos centímetros de su cabello. Pero, siguiendo la táctica que se había impuesto, pinchó con la punta de su espada uno de los muslos del gigante.

Hecho esto, dio un salto atrás, esquivando milagrosamente un nuevo mandoble. Thurd, jadeante, perdido por un momento el aliento, lo miró con infinita cólera.

—¡Acércate, perro cobarde! —le insultó procazmente—. Ésa no es manera de combatir.

Chuck se abstuvo muy bien de hablar, pues conocía la importancia que podía tener el guardar hasta la última gota de aliento. Además, no deseaba llegar al extremo de tener que cruzar el acero con su enemigo, pues entonces sí que podía considerarse como perdido. Siendo nulos sus conocimientos de esgrima, media docena de golpes le bastarían a Thurd para asestar el definitivo.

Retrocedió, moviéndose a un lado y otro, huyendo de los tajos y mandobles que le tiraba el gigante. En una ocasión se vio precisado a poner el arma sobre su cabeza para parar un tajo que estuvo a punto de partírsela. Pudo

contenerlo, pero la muñeca se le resintió.

—¡Vamos, pelea como los buenos! — masculló Thurd, airado, sintiendo sobre sí el ridículo de haber sido tocado por dos veces, en tanto que su rival continuaba indemne. Lanzó otro golpe, pero su espada sólo halló el vacío.

De nuevo aprovechó el joven la ocasión, y esta vez fue más audaz.

Sólo el desesperado gesto de Thurd le salvó la vida, pues de no haber echado hacia atrás la cabeza, la espada de Chuck le habría degollado irremisiblemente. Así y todo, una raya escarlata apareció repentinamente en su pecho.

La sangre empezó a correr por el cuerpo del gigante. Se detuvo un momento, mirando a Chuck con su único ojo inyectado en sangré. Se pasó el dorso de la mano por la boca y luego, de repente, sin previo aviso, saltó sobre el joven.

Chuck se dispuso a repeler el ataque. Se echó a un lado, pero Thurd había previsto aquel movimiento, y la espada, llameando siniestramente, le siguió, ondulando como una serpiente. Chuck apenas si pudo parar el golpe de mala manera, pero antes de que pudiera reponerse, Thurd lo repitió.

Esta vez fue dirigido a la cabeza. La espada de Chuck no pudo resistir el fenomenal impacto y, aunque absorbió totalmente la energía del golpe, saltó partida en dos, con metálico gañido. El joven se encontró de repente en la mano con un puño sin valor material alguno como arma.

Elda gritó de nuevo; Ahora Thurd se dispuso de nuevo a asestar el que ya podía considerarse como golpe definitivo. La espada despidió un metálico relámpago al caer sobre Chuck.

Pero en el último momento, en un gesto por completo desesperado, Chuck se asió con ambas manos a la muñeca armada, atenazándola con todas sus fuerzas. Levantó su rodilla, golpeando el vientre del gigante, quien pareció no sentirlo en absoluto.

La presión del brazo de Thurd se hizo enorme, agobiadora. Era una sola mano contra dos, pero vencía. Chuck vio llegado el instante en que, falto de fuerzas, tendría que abandonarse a su trágica suerte.

En el último momento recurrió a una desesperada argucia. Giró rápidamente sobré si mismo, inclinándose hacia adelante. Los pies de Thurd fueron arrancados de su sitio y el gigante volteó por los aires.

La espada golpeó metálicamente el suelo, resbalando casi hasta los pies de Elda, quien se apresuró a recogerla. Thurd fue hacia la muchacha, pero ésta le presentó el arma de punta.

—¡Si das un paso más te atravieso! — gritó, y Thurd, levemente amedrentado por la decisión de Elda, retrocedió.

Giró hacia Chuck, sonriendo con desdeñosa mueca. Abrió y cerró sus manos de modo harto significativo.

—Con esto me basta para deshacerte en mil pedazos — gruñó, avanzando hacia Chuck.

Éste se preparó para resistir la embestida. Aullidos de júbilo y de placer brotaron de labios plutonianos. Instintivamente, Chuck, sin poderlo remediar, retrocedió hasta que sus hombros chocaron contra la pared.

Lentamente, Thurd avanzó hacia él, con una mueca de triunfo retratada en su innoble rostro. A pesar de que había perdido y continuaba perdiendo bastante sangre, su vitalidad era prodigiosa, y no parecía sufrir disminución alguna en sus colosales fuerzas.

Elda lanzó un grito, corrió hacia él. Le tendió la espada.

—¡Toma, Chuck!

Pero no pudo alcanzarle. En aquel momento un estallido conmovió la atmósfera.

Thurd se detuvo, estremeciéndose horriblemente. Su cuerpo fue sacudido de arriba abajo por una tremenda convulsión. El estallido se repitió de nuevo.

El gigante se volvió lentamente hacia el lugar de donde habían partido los ruidos, cuyo sonido había dejado en suspenso a la asamblea. Un nuevo estampido se oyó, pareciendo empujar hacia atrás a Thurd.

Los asombrados ojos de Chuck percibieron la imagen de Cesco, en pie en la tribuna, empuñando su automática, de la que salían rojos lengüetazos de fuego. Con la última bala de su cargador, se acabó la vida de Thurd, quien se desplomó pesadamente al suelo.

Yakdor también se puso en pie, vociferando algo que Chuck no alcanzó, a entender. Miró a Tonio, el cual le apuntaba en aquel momento con la pistola.

Pero el «gangster» no tuvo tiempo siquiera de apretar el gatillo. Alguien lo fulminó con un disparo desintegrante, y Tonio se convirtió en una hedionda masa de humo. Cesco siguió el mismo camino, sin poderlo impedir, un segundo más tarde.

Elda corrió hacia Chuck y el joven la tomó de la mano. De pie en su sitial, Yakdor sonreía satisfecho.

Chuck arrastró a la joven hasta el pie de la tribuna.

—He ganado la vida de Elda. Por lo tanto, y con arreglo a las leyes de mi mundo, la muchacha es ahora mía.

Una perversa sonrisa apareció en los finos labios del Jerarca.

—Nadie te la disputará, Chuck Parrish. Tuya es Elda... ¡y para siempre!

Chuck advirtió un doble y siniestro significado en las palabras de Yakdor, pero no lo pudo entender hasta que, de pronto, sintió que el suelo se ladeaba, inclinándose repentinamente.

Elda lanzó un agudo grito. Los dos jóvenes, resbalando, perdieron el equilibrio. La negra boca de una sima apareció ante sus ojos.

Cuando la inclinación del suelo del anfiteatro hubo rebasado los 45 grados, Chuck y Elda se hundieron en el vacío. Les pareció estar cayendo una eternidad, pero, en realidad, su viaje hasta el agua del foso que había bajo ellos duró muy poco.

Se hundieron en el agua, frigidísima, volviendo a la superficie con unos cuantos enérgicos talonazos. Chuck llamó a la muchacha, y su voz resonó, con múltiples ecos, bajo la bóveda de aquel subterráneo.

Por la voz se reunieron, tropezando en más de una ocasión con cadáveres de hombres y animales que aún flotaban allí. Moviendo ligeramente los brazos para no hundirse, Chuck preguntó.

—¿No hay ninguna salida para escapar de este lago?

—Sí la hay... pero no puedo recordar ahora dónde está — respondió ella.

—Si no es muy grande podemos intentar buscarla— dijo Chuck, sabiendo que, de continuar mucho rato sumergidos en el helado líquido acabarían por morir ateridos de frío.

La oscuridad era absoluta. La mano de Elda tanteó la superficie del agua hasta hallar la de Chuck.

—No podemos estar quietos — dijo—. Sígueme.

Nadaron con lentitud durante un buen rato, hasta hallar, cuando ya estaban a punto de dejarse hundir, exhaustos y agotados, un reborde plano, al cual se izaron. Sintiéndose empapados hasta los huesos, descansaron allí un rato, hasta que las fuerzas les retornaron poco a poco.

Chuck se puso en pie, hallando que el reborde era de escasa extensión. Regresó al lado de la muchacha.

—Esto — dijo — no da a ninguna parte. ¿Hemos de permanecer aquí para siempre?

Pero ella no le contestó. En realidad, se había puesto en pie, y estaba tanteando la pared con las manos, buscando algo que no encontró.

—No está aquí — dijo.

—¿Qué es lo que no está aquí? — inquirió Chuck curioso.

—La salida del subterráneo. Hay una que nos permitirá...

—¿Estás segura?

Si hubiera habido luz, Chuck hubiera podido ver la sonrisa que apareció en los labios de la joven. Pero Elda no contestó de un modo directo.

—Este subterráneo — dijo—, es de forma circular, aunque bastante más grande que el anfiteatro en que has estado luchando por mí.

—Lo cual—-murmuró Chuck, sintiendo frío hasta en los huesos—, quiere decir que hemos de remojarnos otra vez, ¿no es así?

Elda asintió. Luego, dijo:

—Todavía no te he dado las gracias por tu intervención. De no ser así, ahora estaría flotando, decapitada, en esas aguas.

—No hice sino devolver el favor que me prestaste, Elda — contestó sencillamente el joven.

Ella meneó la cabeza en las tinieblas.

—No — replicó—; yo solamente cumplí con mi obligación, Chuck. De no haber sido yo, y porque me correspondía el turno, otra patrulla plutoniana habría tenido a su cargo vuestro salvamento. En cambio, tú, con poquísimas o ninguna probabilidad de salvación, tomaste mi defensa. ¿Por qué?

—La nariz de Yakdor está un poco torcida y mi sentido de la estética se sintió ofendido —dijo él joven de buen humor.

—Ése no es un motivo... Dime: ¿es cierto que en tu país cualquiera puede tomar a su cargo la defensa de un condenado a muerte y salvarle?

—Sí; pero con ciertas limitaciones y, en la mayoría de los casos, el fracaso es absoluto. No obstante, el porcentaje de vidas salvadas es muy apreciable, para que se prohíba ejercitar tal derecho a quienes así lo solicitan.

—Este detalle lo desconocía yo — murmuró Elda muy pensativa—. Aquí, en Plutonia, estamos bastante enterados de vuestras costumbres, pero hasta ahora no habíamos oído cosa semejante.

—Si salimos de este embrollo — dijo él—, té contestaré más ampliamente a la pregunta. Y tú me dirás por qué te sublevaste contra Yakdor.

—Puedo decírtelo ahora, si quieres.

—No; tenemos que nadar, Elda. Hasta ahora te había considerado como una rebelde contra la autoridad legalmente constituida, pero veo que, en el fondo, vas teniendo razón. De todas formas, ya me lo contarás más adelante. ¡Al agua, patos!

El aliento se le cortó cuando el helado líquido le llegó a la barbilla. Elda no anduvo remisa en lanzarse también al agua, y cuando estuvo en ella, gritó:

—Sigue siempre junto al muro, Chuck.

Sigue... siempre... junto... al... muro..., Chuck...

Sigue... siempre... junto... al... muro..., Chuck...

El eco repitió numerosas veces la voz de Elda, antes de extinguirse totalmente. El joven se guió por los tenues ruidos que hacía la muchacha al nadar. De vez en cuando tocaba con las manos la pared, notándola húmeda y viscosa.

Algo le acarició en una ocasión el rostro, y no pudo contener una náusea de asco al advertir la mojada piel de una rata gigante muerta. Siguió nadando, notando cada vez un frío mayor en su organismo.

El tiempo se le hizo interminable. Los miembros comenzaron a agarrotársele, y en una ocasión, sin poderse contener, se fue al fondo.

Resurgió, merced a dos frenéticos talonazos y aspiró con infinito placer la hedionda atmósfera de aquel subterráneo. Dominando los deseos que sentía de dejarse abandonar, continuó nadando.

De pronto, notó algo raro. No se oían los golpes de Elda al nadar. El cabello del muchacho se le erizó de pavor, pensando en que acaso se había hundido la muchacha.

—¡Elda, Elda! — gritó—. ¿Dónde estás?

—Aquí... Chuck... — jadeó ella—. Ven... ya estamos a salvo...

El joven alargó la mano, notando el contacto de la de Elda. Con la izquierda, tanteó hasta hallar un saliente, al cual se izó, con no poco trabajo.

Hubo que pasar un buen rato antes de que su respiración se normalizara. Sólo se puso en pie cuando, sintiéndose entumecido por el frío, se dijo que, fuera cual fuera la fatiga que sentía, debía hacer un poco de ejercicio para no helarse.

Pero apenas si pudo agitar un par de veces los brazos. Una ráfaga de algo que parecía una intolerable luminosidad, le golpeó las pupilas.

En circunstancias normales, aquello no hubiera pasado de ser una luz menos que corriente, pero después del interminable rato pasado en aquellas absolutas tinieblas, a Chuck le pareció que estaba mirando cara a cara al Sol. Se volvió de espaldas, tratando de acostumbrarse a la luz.

Cuando, al fin, pudo abrir los ojos, vio ante él un estrecho pasadizo, en pendiente ascendente, que se retorcía a pocos metros en una curva cuyo sentido de dirección no se podía saber. A dos pasos de él, la muchacha, con el cabello mojado, pegado a las sienes, le sonreía, y a Chuck le pareció más bella y seductora que nunca.

Elda alargó su mano, tomando la de Chuck.

—Ven, sígueme — dijo.

Y los dos repuestos en buena parte, echaron a andar.

El muro fue cerrado nuevamente a sus espaldas. La luz, a medida que iban ganando terreno, aumentaba también, aunque no en proporciones intolerables. Chuck no pudo evitar que su curiosidad se viera reflejada en una pregunta:

—¿Cómo sabías tú la existencia de este corredor, Elda?

—En Plutonia sólo la conocen contadas personas. El Jerarca es una de ellas, pero él, a su vez, ignora que yo sé su existencia. Cree que no tuve tiempo de saberlo.

La muchacha se detuvo un momento, clavando sus inmensas pupilas negras en las del joven. Los dos tenían las manos enlazadas.

—Porque — respondió—, mi padre era el Jerarca que precedió a Yakdor y yo debía ser su heredera y gobernar en Plutonia.

Chuck no pudo contener un sobresalto.

—¡No! ¿Es cierto lo que me estás diciendo?

—Absolutamente. Mi padre me lo enseñó cuando aún era muy pequeña, así como otros muchos secretos, que solamente deberían serme transmitidos a mi mayoría de edad. Pero sabía próxima su muerte, y por ello quiso dejarme a mí en posesión de la sabiduría inherente a todo Jerarca, antes del tiempo debido.

—De modo que Yakdor mató a tu padre, ¿eh?

Reanudando la marcha, Elda asintió:

—Sí — lacónicamente.

—¿Por qué?

—Mi padre era opuesto a una de las leyes fundamentales de Plutonia. Quiso renovarla, abolirla, y tenía al pueblo a su lado; pero un grupo de fanáticos, capitaneados por Yakdor, lo asesinaron, apoderándose de la Jerarquía antes de que mi padre pudiera promulgar el nuevo orden de cosas.

Chuck pensó para sus adentros que todo lo que le estaba contando Elda, aun teniendo a su favor el asesinato de su padre por Yakdor, no era, ni más ni menos, que una nueva historia, como había habido en la Tierra, de luchas e intrigas por un trono o un sillón de gobernante. «Presumen estos plutonianos de civilizados — pensó —, y su modo de obrar, adelantos científicos a un lado, no es diferente en nada del de los reyezuelos árabes del tiempo de las Mil y Una Noches.»

—Y bien... ¿cuál era la ley que tu padre quería abolir? — preguntó con indiferente tono.

Elda se lo dijo.

Hubo un momento de silencio, apenas interrumpido por las pisadas de los dos. Luego, Chuck exclamó:

—¡No! ¡Eso es absurdo, horrendo! ¡No existe semejante ley ni siquiera en las más salvajes tribus del África!

—Pues aquí, sí, y pronto tendrás ocasión de convencerte por ti mismo, Chuck.

—¡Qué barbarie! ¡Qué salvajismo! Razón tenía tu padre en...

El joven se interrumpió de pronto. Se llevó una mano a la boca.

—¿Qué te acurre, Chuck? — inquirió ella alarmada.

—Ahora recuerdo... La enfermera... Yakdor dijo que la llevaran al hospital y que allí la curarían del todo...

Ella sonrió amargamente.

—Está curada ya a estas horas, Chuck, no lo dudes. La Ley de Plutonia para estos casos, le ha sido aplicada sin duda alguna.

El joven apretó los labios y no dijo nada. Continuó en silencio el ascenso.

A medida que iban ganando terreno, notaba una imperceptible vibración, no en el suelo, sino en la atmósfera, sin que pudiera apreciar a qué era debido aquello, que, sin embargo, no molestaba apenas.

De pronto, el pasadizo concluyó, abriéndose en una inmensa sala, de colosales dimensiones, brillantemente iluminada, en uno de cuyos costados había la máquina más grande que Chuck viera jamás.

La máquina mediría al menos cuarenta metros de altura, por veinte de grueso y unos ciento cincuenta de longitud. De su parte superior salían una infinidad de tubos de grueso diámetro, más de cinco metros de eje, que se perdían en el rocoso techo de la sala. En la parte frontera se veían miles de esterillas, diales y conmutadores, así como numerosas lamparitas multicolores que se encendían y apagaban constantemente, además, y a distintos niveles, había varios pasadizos voladores, adosados a ella, con barandillas protectoras, unidos entre sí y con el suelo, de trecho en trecho, por varias escaleras metálicas. Un tenue zumbido, origen de la vibración, salía sin interrupción del aquel mastodóntico aparato, cuya utilidad, de momento, no comprendió Chuck.

En la parte opuesta, a quince o veinte metros de distancia, había una puerta herméticamente cerrada. El suelo, espejeante, devolvía las imágenes y,

a pesar de la brillante luminosidad, Chuck no alcanzó a ver ninguna otra lámpara que no fuesen las indicadoras que había en la máquina.

—¡Dios mío! ¡Qué artefacto tan monstruoso, Elda! ¿Cuál es su utilidad?

Ella sonrió satisfecha.

—Como esta máquina — respondió—, hay una docena más repartidas por todo el ámbito de Plutonia. Ellas son las que nos proporcionan el calor y hacen luminosa nuestra atmósfera, además de purificarla. Están gobernadas de modo automático, y podrían seguir funcionando así, sin la injerencia de una mano extraña, durante decenas de miles de años; tal es la perfección con que fueron construidas.

Chuck miró absorto a la muchacha.

—¡Es increíble! — murmuró.

—Sólo puede penetrar en esta sala, o en cualquiera de las otras donde hay una máquina, alguien que vaya acompañado por el Jerarca en persona. Y este acontecimiento no ocurre con frecuencia. Estoy segura de que hay máquina que no ha sido visitada desde hace cientos de años. Allí está, funcionando por sí sola, y seguirá funcionando durante un tiempo que nosotros no alcanzamos a concebir sino muy vagamente.

—En verdad, los constructores de estos aparatos debieron ser hombres de una ciencia grandísima.

—Lo fueron. Y están reguladas de tal modo, que ellas producen automáticamente la noche y el día necesarios para el cielo de la vida. Pero aún hay más.

—¿Todavía?

Elda asintió, sonriendo:

—Sus mecanismos, a pesar de su colosalismo, son tan delicados, que, si por una casualidad, una de ellas dejara de funcionar, las otras se detendrían también. Están conectadas unas con otras, y pobres de nosotros el día en que una de ellas falle. Sin embargo —dijo, agitando sus todavía húmedos cabellos, a pesar de la excelente temperatura que reinaba en la inmensa sala—, confío en que tal cosa no ocurrirá jamás... de no ser porque alguien lo provoque.

—¿Y tú crees que hay un loco que pretenda estropear una de estas máquinas?

Elda movió la cabeza afirmativamente.

—No un loco, sino una loca. Y ésta soy yo.

Chuck lanzó un grito.

—¿Tú? ¿Y por qué?

Antes de contestarle, la joven se acercó a uno de los costados de la máquina, en el que había un tablero lleno de botones multicolores. Puso la mano en uno de ellos, situado en el centro.

—Porque quiero obligar a Yakdor a entregarme el poder que legítimamente me corresponde.

Apenas había hablado la muchacha, su mano oprimió el botón sin vacilar. El zumbido cesó en el acto, al mismo tiempo que la luz empezaba a oscilar.

CAPÍTULO IX



A luz osciló, con altibajos de intensidad lumínica, pero al fin volvió a estabilizarse en su primitiva potencia. Chuck había temido un apagón, pero no ocurrió así.

Más desconcertada que furiosa, Elda se volvió hacia el cuadro de conmutadores. Apretó de nuevo el botón situado en el centro del cuadro de mandos y quedó a la espera de los acontecimientos.

Esta vez no ocurrió nada; la intensidad de la luz ni siquiera varió.

Muy pálida, la muchacha se volvió a mirar a Chuck.

—No sé lo que pasa — dijo—. Tendría que haber llegado ya la obscuridad.

—La obscuridad es algo que nunca me ha gustado, excepto a la hora del sueño. ¿Para qué la querías?

—¿Es que no lo comprendes? Ahora estamos en pleno día. Deteniendo el funcionamiento de esta máquina, las once restantes se detendrían también y la obscuridad se hará dentro de una hora en todo el país. Cesará la emisión de fotones...

—¿Ah? — exclamó Chuck—. De modo que estas máquinas «fabrican» fotones, esas partículas infinitesimales de que está compuesta la luz, ¿eh?

Elda asintió.

—Y, naturalmente — continuó—, al cesar en su funcionamiento, sobreviene la obscuridad, tras un periodo crepuscular aproximadamente igual al que ocurre allá arriba, en la superficie.

—Todo esto es muy interesante — dijo Chuck—, pera no alcanzo a comprender su utilidad. Quizá mi entendimiento...

La muchacha le miró fijamente.

—Mi pueblo — dijo con solemne acento—, sólo espera la señal para levantarse en armas contra el asesino de mi padre, Yakdor. Y la obscuridad en pleno día debía ser la señal,

—¡Hum! — masculló Chuck—. Pues, a lo que veo, tu plan ha fallado, Elda. Y ahora dime, ¿qué hubiera ocurrido si aquel bestia de Thurd te hubiese decapitado?

—Alguien me hubiera sustituido, tomando en sus manos las riendas del alzamiento — contestó ella con decisión.

—Eso lo veo algo más que difícil. Faltando tú, el motivo y la cabeza visible de la revolución; habiendo muerto, además, Krahni, uno de tus más fieles secuaces, no acabo de convencerme de que tal sublevación hubiera podido llegar a puerto. Y creo que ahora, tú, en lo más íntimo de tu ser, estarás convencida de ello, ¿no es así?

Elda no contestó, pero el gesto de bajar la cabeza fue mucho más elocuente que cualquier frase que pudiera haber pronunciado.

Permanecieron unos momentos en silencio, sin cruzarse palabra alguna entre ambos. De pronto, Elda, furiosa, se volvió hacia el tablero de conmutadores, oprimiéndolos todos con veloces y nerviosos gestos.

Pero no ocurrió nada. La luz siguió brillando, sin la menor alteración en su intensidad.

Elda se volvió, apoyándose en la máquina, con las palmas de las manos vueltas hacia dentro, llena de desesperanza.

—¡Es imposible, imposible! — exclamó.

Chuck Se frotó la mandíbula.

—Lo cual quiere decir — murmuró — que ese Yakdor no es tan tonto como parece, ni tus amigos tan fieles como crees.

—¿Qué es lo que pretendes insinuar? — exclamó ella airada.

—Que alguno de tus coaligados te traicionó, y que Yakdor, previendo lo que pensabas hacer, desconectó esta máquina de las restantes, o bien inutilizó el mecanismo de paro. Lo que sea; el caso es que sigue funcionando.

—¡Eso es imposible! ¡No puede haber traidores entre los míos!

Chuck se echó a reír.

—Si salimos de ésta, te dejaré un libro en el cual habla de un Maestro y doce de sus discípulos. Parecía imposible que uno le traicionase, ¿verdad? Y, sin embargo, lo vendió por treinta monedas de plata. A propósito, ¿utilizáis aquí la moneda como base de intercambio comercial?

Elda no contestó a la pregunta. Se irguió, separándose de la máquina, y comenzó a dar unos paseos cortos, con la barbilla apoyada en una de sus manos, profundamente sumida en sus meditaciones.

De pronto, una voz sonó en la sala. Parecía venir de un punto

determinado, y hacia allí volvieron los dos jóvenes la mirada.

Encima de la puerta de acceso había una gran placa de vidrio deslustrado, de forma circular, la cual acababa de iluminarse, apareciendo en ella un rostro muy conocido de los dos. Yakdor sonreía con aire de satisfecha superioridad.

—¡Hola, Elda! ¡Hola, Chuck! — saludó—. ¿Qué tal se está por ahí abajo? Y la máquina, ¿sigue bien?

Elda no contestó, por el momento. Miró con ojos de desafío al rostro de Yakdor, ahora aumentado varias veces su tamaño natural.

El Jerarca prosiguió:

—Te creíste muy lista, Elda, y reconociéndolo noblemente, lo eres. Pero has fallado en una cosa: menospreciaste mi valía, lo cual te va a costar muy caro.

—Eso ya lo había dicho yo — masculló Chuck.

—Ya hace tiempo que preveía lo que iba a pasar, y por ello hice que desconectasen esta máquina del sistema general. Tus fieles amigos seguirán esperando en vano la señal, y la esperarán durante toda su vida, porque tú no harás ninguna señal más, Elda. Ni tu amigo terrestre tampoco.

—¿Nos has condenado a muerte? — preguntó ella, retadora, alzando la voz, dirigida hacia la base de la placa, donde estaban los micrófonos y amplificadores.

—Acabas de decirlo, Elda. Sabes demasiado que no puedes violar la puerta y que, por la parte del lago subterráneo, es imposible la huida. Ahí os quedaréis *durante siglos*, hasta que vuestros huesos se hayan reducido a polvo.

—Os queda todavía un recurso para prolongar vuestra vida: echadlo a suertes... como hacen los náufragos entre sí cuando carecen de alimento. Y ahora, adiós, Elda; adiós, Chuck. Me dispensaréis que no siga entreteniéndoos con mi charla, pero mañana es la fiesta anual de la Salvación, y debo hacer los preparativos para asistir a ella y darle el realce que se merece.

La imagen de la placa se esfumó, y el silencio volvió a la sala. Elda, sin poder contenerse, se volvió hacia Chuck y, cogiéndose de su cuello, se echó a llorar.

El joven trató de calmarla.

—¡Vamos, vamos! — dijo, en tanto palmeaba suavemente aquellos esbeltos hombros—. Muchacha, deja el llanto para mejor ocasión. Todavía estamos vivos, ¡qué caramba!, y por otra parte, pese a lo que diga ese malandrín, aún no he perdido la esperanza de salir con vida de este agujero.

Todavía abrazada a él, la muchacha levantó sus ojos, húmedos por las

lágrimas.

—Eres maravilloso, Chuck — sonrió—. Otro cualquiera...

—Otro cualquiera, en mi lugar, se pondría a estudiar las posibilidades de largarse de aquí, que alguna tiene que haber, pese a lo que sostiene Yakdor. Estoy muy bien así, Elda — dijo sonriendo—, pero puedo aplazarlo para un poco más adelante.

Ella enrojeció repentinamente. Chuck la soltó y caminó hacia la puerta de acceso a la sala.

La estudió detenidamente, tocando sus prietas junturas con las manos. Luego movió la cabeza, pesimista.

—Haría falta una carga de dinamita o un soplete oxiacetilénico para franquearla — dijo—. Y yo no tengo más que una pistola, y mojada, para más fastidio.

Sacó el arma que le diera Manelli y que milagrosamente no había perdido. La temperatura era excelente, merced a lo cual y a la especial contextura de las ropas, éstas se habían secado ya. Quitándose la blusa se sentó en el suelo y comenzó a desarmar la pistola, con el fin de limpiarla.

Esparció las piezas en el suelo, en tanto que silbaba una intrascendente cancioncilla, al mismo tiempo que, de cuando en cuando arrojaba frecuentes miradas hacia Elda, la cual, nerviosa, no cesaba en sus paseos, arriba y abajo del espacio de la sala.

—Te convendría sentarte un rato — dijo al cabo.

—¿Por qué? — inquirió ella, volviéndose.

—Pasear es un ejercicio; el ejercicio provoca el apetito; el apetito requiere manjares; los manjares requieren estómagos... y nosotros los tenemos, pero carecemos de comida, de modo que lo que estás haciendo es empeorar voluntariamente tu situación. Ven, siéntate aquí a mi lado y charlaremos; quiero que me expliques en qué consiste esa fiestecita de la Salvación, que ha mencionado ese sinvergüenza.

Con renuente paso, Elda obedeció. Se sentó, con las piernas cruzadas, al lado de Chuck, contemplando el trabajo que éste hacía, al mismo tiempo que le aclaraba lo que él deseaba. El joven, sin dejar su tarea, silbó admirado y horrorizado a un tiempo.

—¿Y vosotros sois los que os llamáis civilizados? Eso no lo hace en nuestro mundo nadie que se precie de llamarse persona humana.

—Es una ley tan antigua como la misma existencia de Plutonia — contestó airadamente la joven. — Y, en cierto modo, no deja de tener su fondo lógico.

—No hay fondo lógico en quitar la vida a una persona sólo porque... Bueno — murmuró Chuck, meneando la cabeza—, olvidaba que tú y yo somos de dos mundos distintos.

—Y también olvidas que el Jerarca anterior, mi padre, quería derogar tal ley, y que yo, su hija, si llego a ocupar el cargo, la suprimiré inmediatamente.

—Así está mejor — dijo él, frotando cuidadosamente el cañón de la pistola. Luego miró a través de su ánima y dijo—: Sí, está dispuesto. ¡Lástima que no pueda utilizarla contra ese fresco! — terminó de armar la pistola y, tras comprobar que funcionaba perfectamente, metió el cargador en la culata, ajustándolo con seco chasquido—. Y ahora, querida, dime dónde puedo encontrar unos cuantos metros de cable.

Elda abrió los ojos, muy asombrada, contemplando a Chuck.

—¿Para qué?

Chuck sonrió al contestar:

—Mi artefacto pensante — y se señaló la frente — será un poco más anticuado que el vuestro, pero no deja de funcionar un solo momento, y ha discurrido una idea que muy bien pudiera ser el principio de nuestra salvación. Vamos, dime dónde están esos cables.

—Ven.

Elda se puso en pie, caminando hacia la máquina. Chuck la siguió.

—Creo que aquí encontraremos algo.

La muchacha se detuvo al pie del colosal artefacto, estudiando detenidamente un sector de su base. Al fin, se agachó, tanteando algo con sus manos.

Sonó un chasquido seco, y un panel giró hacia un lado, dejando ver un complicado lio de cables y bornes, aquéllos de gran espesor. Chuck sonrió satisfecho.

—¡Anjá! Ni más ni menos que lo que yo andaba buscando.

Metió la mano en aquella oquedad, trabajando en ella durante unos cuantos minutos. Al fin empezó a sacar metros y más metros de un grueso cable, forrado de una espesa capa de una sustancia aislante y lo fue llevando hacia la puerta. Cuando terminó, hizo lo mismo con otro largo trozo de cable, hasta que quedó tendido a corta distancia del anterior.

Hecho esto, miró a Elda sonriendo y le preguntó a continuación:

—Supongo que esta máquina funcionará a base de electricidad, ¿verdad? Es la energía que acciona la mayoría de los aparatos.

Ella asintió.

—Sí.

—Bien — prosiguió Chuck—, indícame el lugar donde puedo hacer un empalme y suministrar energía a los cables.

—Podrías estropear la máquina — sugirió ella temerosa.

—¿No era eso lo que tú pretendías hace unos mementos? — rió Chuck—. De todas formas, no te preocupes por la maquinita. Si mueres, ¿qué más te da que funcione o que no funcione? Y si vives, no pases pena; tendrás los sabios a patadas para repararla de nuevo. ¡Vamos! Trata de complacerme y ayúdame.

Durante largo rato, los dos, dirigidos por la muchacha, trabajaron frenéticamente, haciendo los empalmes y conexiones necesarios. Chuck se quitó la blusa, rasgándola y partiéndola en dos mitades, con las cuales envolvió las terminales de los cables, los cuales poseían cierta rigidez, a cierta distancia de su final.

Cuando estuvo listo, miró a Elda, viéndola alga preocupada.

—¿A qué altura está la cerradura?

Ella se lo indicó, Chuck soltó una carcajada.

—Prepárate. Vas a ver un numerito que sólo puede verse en las ferias de los pueblos: el hombre que se traga los kilovatios crudos. ¡Dale ya la corriente !

El labio inferior de Elda tembló levemente. Pero su mano oprimió el interruptor que daba paso a la corriente.

Un deslumbrador chispazo saltó de cable a cable, formando un poderosísimo arco voltaico, cuya curvatura variaba según los movimientos del joven, quien, al cabo de unos momentos, consiguió conservar la serenidad de su pulso. Aislado de la corriente por la envoltura de los cables y la tela de su blusa, también aislante, resistió impunemente la descarga de varios miles de vatios que provocaba aquel brillante resplandor.

El arco voltaico descargó su elevadísima temperatura sobre la puerta de acero durante un buen rato, hasta que la parte afectada comenzó a enrojecer. Evitando mirar con frecuencia, Chuck mantuvo así los cables hasta el momento en que lo juzgó oportuno.

Cuando este momento hubo llegado, lanzó un grito.

—¡Corta la corriente!

El arco voltaico desapareció con estallante chasquido. Chuck tiró los cables al suelo, cuya longitud había quedado reducida.

Aquel sector de la puerta estaba aún al rojo vivo. Sin vacilar, el joven se lanzó hacia el metal, cargando con el hombro.

La puerta cedió, girando sobre sus goznes. Chuck lanzó un grito de júbilo.

—¡Libres! — aulló—, ¡Ya estamos libres!

Elda corrió hacia él, anhelante. Los dos miraran al pasadizo que, claramente iluminado, se abría ante ellos. Se tomaron de la mano y echaron a correr.

Caminaron a buen paso durante unos minutos. De pronto, dos hombres surgieron ante ellos.

Eran dos oficiales de la guardia de Yakdor, ambos armados con sus respectivos cilindros desintegrantes. Apenas vieron a los fugitivos, reconocieron a Elda.

Sin una sola palabra, sacaron sus cilindros, disponiéndose a fulminar a aquellos audaces que habían conseguido lo que parecía imposible: huir de la sala de energía.

CAPÍTULO X



A pistola de Chuck surgió como por arte de encantamiento en su mano. Pero Elda fue más rápida que ninguno.

Se colocó entre ambos bandos, levantando los brazos.

—¡Alto! ¡Quietos todos! — gritó, con tan imperativo acento, que los dos oficiales, a su pesar, contuvieron el gesto ofensivo que habían iniciado.

Con lenta seguridad, Elda avanzó hacia los recién llegados. Éstos, no convencidos del todo, continuaban apuntándole con sus desintegradores. Y Chuck, a su vez, no bajaba el cañón de la automática, dispuesto a vaciar el cargador de la misma si era preciso.

—Soy el Jerarca de Plutonia —dijo Elda—, y os pido vuestra obediencia, tal como disponen las leyes.

Uno de los oficiales se echó a reír.

—¿Tú, el Jerarca? Eres la hija de un hombre que...

—¡Silencio! — tronó la muchacha—. Os he dicho quién soy. Ahora, voy a demostrároslo. Una vez que estéis plenamente convencidos de ello, obrad como queráis.

—Pero, por si acaso — dijo Chuck—, que sepan que ni la mano más rápida es capaz de detener una bala salida de mi pistola. Y uno de los dos, cuando menos, habría de caer fulminado.

Los dos oficiales miraron, aprensivos, el arma que Chuck sostenía con roqueña firmeza. Ignoraban de qué se trataba, pero en su misma ignorancia, la suponían poderosa.

—El Jerarca de Plutonia — continuó Elda—, posee una cualidad que ningún otro habitante de nuestro país tiene. ¿Queréis convenceros de ello?

—Nos... nos gustaría verlo — dijo uno de los oficiales, pasándose la lengua por los labios.

Elda sonrió desdeñosamente. Avanzó hacia el que acababa de hablar.

Un minuto después, el hombre bajaba el arma, doblando una rodilla ante la muchacha.

—Sí — dijo, plenamente convencido—, eres tú, Elda. No puede ser ninguna otra persona más que tú nuestro Jerarca.

El otro oficial le imitó. Elda dijo:

—Basta de reverencias. Poneos en pie — y cuando los dos hombres, ante el pasmo de Chuck, la hubieron obedecido, ella preguntó, irónica—: ¿Habéis visto que Yakdor haya hecho alguna vez lo que yo acabo de hacer?

Los dos hombres se consultaron con la mirada.

—No, nunca.

—Jamás — dijo el otro—. Hemos dado por sentado que...

—...el Jerarca lo era simplemente por el hecho de asesinar a mi padre, ¿verdad?

Dos rostros, turbados, enrojecidos, miraron al suelo.

Elda dijo:

—Es suficiente. Ahora, puesto que me debéis obediencia, escuchadme.

Durante unos minutos, la muchacha estuvo hablando, dando instrucciones a los dos oficiales. Al terminar de hablar, uno de ellos inquirió:

—¿Y cuándo va a ser eso?

—Mañana, en la fiesta de la Salvación de Plutonia. Id y comunicad lo que habéis visto a vuestros más fieles amigos. Huid de todos aquellos que han estado últimamente rodeando a Yakdor. Éstos podrían advertirle de lo que tramamos. Supongo que, después de saber lo que yo quiero, que en definitiva no es más que lo que deseaba mi padre, estaréis en todo conmigo, ¿no es así?

Los dos oficiales asintieron con una vehemencia que hizo pensar a Chuck si todo aquello no era fingido. Y, cuando se hubieron alejado, preguntó:

—¿Es cierto todo eso que has dicho, Elda?

—¿No lo has visto? — sonrió la muchacha—. Lo que acabas de ver sólo lo puede hacer alguien que posea mis cualidades, y éstas sólo son de una persona: yo, el Jerarca.

Chuck se inclinó, llevándose la mano derecha al pecho.

—Soy el más fiel y devoto de tus súbditos, Jerarca de Plutonia.

* * *

Era de noche en aquel lugar, brillantemente iluminado, sin embargo, por infinidad de antorchas, sostenida por miles de manos, perteneciente a plutonianos que se agolpaban, ansiosos por ver el espectáculo que dentro de poco iba a tener comienzo.

Además de los millares de antorchas, había otro género de iluminación: la enorme boca de un horno.

El horno tenía forma trapezoidal, con la base más ancha en el suelo, siendo la parte superior una gruesa viga de roca o mármol labrado, en cuyo centro había esculpido una extraña imagen en forma de pájaro de desconocida especie. La boca del horno mediría unos veinte metros de alto, por quince de ancho en su parte inferior, y por ella salían con ígneas ondulaciones, colosales llamas, que expandían un intenso calor. El horno estaba situado al pie de un enorme muro de roca, que era uno de los límites de Plutonia, y las llamas parecían brotar del fondo de algún infernal pozo sin fin. Una escalinata compuesta por numerosos peldaños de gran anchura daba acceso a aquel diabólico lugar.

Conteniendo a la multitud, en una doble fila que dejaba un espacioso paseo central, había un gran número de soldados, todos ellos armados con largas lanzas rematadas de un afilado hierro, brillante, pulido, semejando la alargada hoja de un árbol de nueva especie, hoja que concluía en una agudísima punta. Los soldados estaban a pie firme, impávidos, sin ver otra cosa que no fueran los ojos del compañero que tenía enfrente.

La plebe aullaba y rugía, impaciente por ver el principio del espectáculo. De vez en cuando, una ardiente bocanada salía del horno, expandiendo su quemante hálito en un buen espacio, lo cual hacía retroceder mal de su grado, a cuantos se hallaban en tan peligrosa proximidad.

Un rugido colectivo señaló de pronto la llegada del Jerarca, acompañado de un brillante séquito.

Yakdor, sonriente, saludó a la multitud, y subió los peldaños de una escalera que daba a una plataforma, situada relativamente cerca de la boca del horno, desde la cual se dominaba, inextenso, el panorama.

Yakdor alzó la mano, y el griterío cesó. Hizo otra señal, y del fondo opuesto al horno comenzó a avanzar una extraña procesión.

Uno de los soldados se estremeció al ver los componentes de aquella manifestación. Otro de sus compañeros le golpeó en el codo, y luego le miró como recomendándole moderación y serenidad.

Pero era difícil mantenerla ante aquel espectáculo. La procesión se componía de una interminable hilera de seres vestidos de blanco, que avanzaban resignadamente hacia la boca del horno en donde, implacable e indefectiblemente, tenía que acabar su viaje.

Aquellos seres vestidos de blanco eran viejos, ancianos, tullidos, inútiles, personas en fin, taradas por alguna enfermedad incurable o simplemente señaladas por el inflexible paso del tiempo. Hombres, mujeres y hasta niños, formaban en aquella columna, que casi se perdía de vista, y de la cual, de trecho en trecho, salían sordos gemidos.

Flanqueando la procesión, iban soldados que empujaban con su lanza a los rezagados. Uno cayó y fue obligado a levantarse a golpes, propinados impíamente. Pasó una mujer, sollozando, con un niño en brazos. Los dos carecían de ojos.

El soldado volvió a estremecerse. Aquello era horrible, espeluznante, mucho más de lo que el Dante pudo imaginar siquiera.

Un lamento funeral, sordo, profundo, se elevó de la multitud de condenados a la incineración en vida. La procesión siguió avanzando hacia su espantoso destino.

Los espectadores callaban, oyendo las últimas quejas de aquellos que por tener algún incurable defecto físico o, simplemente, y éstos eran la inmensa mayoría, por haber llegado a la ancianidad, iban a ser suprimidos de un modo bárbaro. Aquélla era la fiesta de la Salvación de Plutonia.

Y Chuck, vestido de soldado, al lado de Elda, disfrazada de igual modo, lo comprendió todo apenas vio aquel horrible espectáculo. Comprendió la bárbara ley plutoniana, que así se deshacía de los inútiles e inservibles para la comunidad, evitando, al mismo tiempo, una superpoblación que ahogara el país, y comprendió también los esfuerzos del padre de Elda y de la muchacha misma por derogar aquella inhumana ley.

La mano derecha se chispó en el astil de la lanza cuando vio unos rostros conocidos en la procesión: el médico, Manelli, el escritor, Harry y la enfermera, vestían las blancas túnicas de los condenados.

—Yakdor ha violado su palabra. Los quiere asesinar también — cuchicheó Chuck al oído de Elda, y la muchacha asintió, con breve parpadeo.

—Espera a que yo dé la señal. No te precipites — musitó.

La procesión comenzó a ascender la escalinata. Algunos de los que iban en cabeza intentaron resistirse, pero los soldados les obligaron a subir. Elda consideró llegado el momento.

—Ahora — dijo y, sin soltar la lanza, se lanzó hacia adelante, seguida por Chuck.

El imprevisto gesto de los dos soldados desorganizó las filas de los custodiados y aun de los condenados mismos. Valiéndose de la sorpresa, Elda y Chuck treparon por la escalinata de la tribuna, antes de que sus ocupantes, atónitos, se sintieran con fuerzas para detenerlos.

—¡Alto! — gritó la joven, con poderosa voz—. ¡Alto! ¡Quieto todo el mundo!

Yakdor intentó echar mano a un desintegrador, pero contuvo el gesto cuando la afiladísima punta de la lanza que empuñaba el joven se le apoyó en el pecho.

—No te muevas, bicho, o te ensarto como a un insecto — dijo Chuck, y el Jerarca, lívido de miedo, obedeció.

Sin soltar la lanza, Elda se dirigió a los oyentes. Se quitó el áureo casco, y su negra cabellera se desparramó por las hombreras metálicas de su coraza.

—¡Escuchadme, habitantes de Plutonia! ¡Oíd lo que Elda, la hija de Danor, el Jerarca asesinado, tiene que hablaros!

Yakdor dio un paso hacia adelante, pero la punta de la lanza lo detuvo. Miró con ojos llameantes de furia a Chuck, pero éste se le rió en sus propias barbas.

—¡Habitantes de Plutonia! Ha llegado la hora de derogar la bárbara ley llamada de la Salvación, y que no es otra cosa que un cruento y salvaje sacrificio en masa. Presumimos de civilizados, y somos más bárbaros que los pueblos que aún no conocen ni el fuego ni el alfabeto. Yo voy a tomar ahora, por derecho propio, las riendas del poder, y mi primer acto, aparte de castigar al que asesinó a mi padre y, con una impostura, ha estado ostentando la Jerarquía durante largos años, será suprimir esa inhumana ley. Nuestro territorio es aún muy extenso y puede contener, cómodamente, diez veces más plutonianos de los que ahora somos. Pero el día en que nuestro país sea insuficiente para vestirnos y alimentarnos, estableceremos relaciones con los habitantes de la superficie, y nuestra raza se extenderá y mezclará con las de allá arriba, siguiendo la natural ley del progreso, en lugar de esta retrógrada e incivilizada que ahora padecemos.

Elda calló un momento y Yakdor abrió la boca.

—Hablarás cuando te toque el turno, no antes — gruñó Chuck, empujándolo hacia atrás con la lanza.

—¡Vosotros, espectadores! ¡Vosotros, soldados que custodiáis a los infelices ancianos y enfermos! ¡Vosotros, condenados por vuestra desgracia física o vuestra senectud! Está en vuestras manos confirmar la ley o derogarla, y a vosotros, especialmente a los jóvenes, sanos y fuertes me dirijo. Ahora sois espectadores; dentro de unos años, seréis actores, y arrojados, como éstos desgraciados que véis, a las llamas que devorarán vuestros cuerpos antes de que la hora del término natural de vuestra vida haya llegado. ¡Vosotros todos que me escucháis: en vuestras bocas está la decisión final!

Hubo un momento de intenso silencio, roto bruscamente por un ensordecedor clamoreo general de alegría. Los procesionarios rompieron filas

y trataron de lanzarse hacia la tribuna. Los soldados vacilaron, retrocediendo en desorden.

—¡Quietos un momento! — exclamó nuevamente Elda, acallando el griterío general—. Permaneced quietos hasta que yo lo diga.

Los remolinos de la gente se aquietaron poco a poco. Millares de esperanzadas pupilas se clavaron en el bellísimo rostro de la joven, sofocado por el esfuerzo. Elda continuó:

—No voy a demostrar que Yakdor es el asesino de mi padre, pues, aun sabiéndolo con certeza, no poseo las suficientes pruebas para ello. No. Lo único que quiero haceros ver es que se trata de un usurpador, que ocupa un puesto que no le corresponde.

Con lentos ademanes, Elda se quitó del cuello el medallón que, como todo plutoniano adulto, estaba obligado a llevar y se volvió hacia Yakdor, alargando la mano de la cual pendía el brillante objeto.

—¡Toma! — dijo—. Si eres el verdadero Jerarca, póntelo.

Una chispa de pánico apareció en los ojos de Yakdor. A su pesar, retrocedió un paso.

Elda sonrió triunfal.

—¿Qué... tienes miedo? Un Jerarca legítimo no puede tener miedo a utilizar el medallón de cualquiera de sus súbditos... *¡porgue sólo el legítimo Jerarca tiene su cuerpo adaptado de tal forma que puede usar indistintamente cualquier medallón, sin morir por ello!*

Silencio. Silencio absoluto y un odio infinito en las pupilas de Yakdor.

Elda avanzó un paso con el medallón en la mano, el cual se balanceaba al extremo de un cadena de oro.

—¡Vamos, Yakdor, demuestra la autenticidad de tu Jerarquía!

Todo el mundo callaba, subyugado por el dramatismo de la escena. Elda, sonriendo desdeñosamente, alargó su mano izquierda.

—Dadme unos cuantos medallones — pidió, sin separar sus ojos de los de Yakdor, por cuya frente corrían gruesas gotas de sudor.

Varios soldados se despojaron de sus medallones, entregándoselos a Elda, no sin cierta aprensión. La muchacha los tomó en su mano, sin sufrir por ello el menor daño.

De pronto, Elda agitó la mano y su medallón, oscilando con cierta violencia, tocó la mejilla de Yakdor. Éste lanzó un grito, al mismo tiempo que se llevaba la mano a la parte afectada, de la cual había brotado una tenue columnita de humo, fácilmente perceptible; no obstante, Chuck olió a carne

quemada al instante.

—¿Lo veis? ¿Lo veis? Si fuera un Jerarca auténtico, no le habría ocurrido...

Elda no pudo acabar su frase. Lanzando un rugido de cólera, enloquecido, fuera de sí, Yakdor corrió, saltando de la plataforma al suelo.

Trató de huir, pero un círculo de aguzadas puntas le cerró el paso.

Los soldados que antes le obedecían ahora se habían vuelto contra él. Las palabras de Elda habían hecho mella en sus espíritus. Ahora empujaban; más adelante, serían empujados a las llamas, cuando fueran viejos, si subsistía la ley.

Yakdor corrió a un lado y a otro, tratando de buscar un resquicio por donde huir, pero fue en vano. El círculo de lanzas era demasiado espeso para que pudiera escapar.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, los soldados comenzaron a avanzar lentamente, haciendo retroceder a Yakdor, peldaño tras peldaño, llevándolo inexorablemente hacia la ardiente muerte que tenía a sus espaldas. El calor se hizo intolerable.

El último peldaño terminaba justo al borde del fuego. Yakdor lo subió.

En el último momento, vio su suerte sellada de modo irremediable. Una loca expresión de infinita cólera apareció en sus ojos.

Su mano se movió velocísima, extrayendo de entre sus ropas un cilindro desintegrador. Pero no apuntó hacia los soldados que le llevaban a la muerte.

En sus últimos instantes, el odio pudo más que cualquier otro sentimiento y el mortífero artefacto apuntó hacia Elda.

Pero no tuvo tiempo siquiera de oprimir el conmutador que liberaba la descarga desintegrante. Apenas vio el gesto, Chuck había entrado en acción.

Echó el brazo hacia atrás, distendiéndolo luego con toda la fuerza de sus músculos. Una raya de plata, precediendo a un largo palo, cruzó el aire enrojecido.

La hoja de la lanza se clavó profundamente en el pecho de Yakdor, quien, al sentirse mortalmente herido, lanzó un gran grito, apagado a medias por el bramido rugidor de las llamas. Soltando el cilindro, se asió con crispadas manos al mango de la lanza.

Un instante se mantuvo en pie, despidiendo por sus ojos chispas de odio; después, muy lentamente, empezó a girar sobre sus talones.

Por un segundo, con el último rastro de consciente instinto que aún le quedaba, intentó evitar su horrible fin. Pero las fuerzas le fallaron y, abriendo

los brazos, se precipitó en las ardientes fauces del horno.

Las llamas se arremolinaron un momento y luego continuaron indiferentes su luminosa danza.

* * *

Al pie del ascensor, en cuya plataforma se hallaban ya varios plutonianos que acompañarían a los que regresaban a la superficie, se hallaban Elda y Chuck, despidiendo a Manelli y el escritor.

—¿Qué piensa usted hacer, señor Carrados? — preguntó Chuck.

—Pues... —el aludido sonrió a través de los cristales de sus gafas — lo más seguro es que me vuelva aquí con la familia. Sí; es un lugar maravilloso y creo que les gustará.

—Serán acogidos como se merecen — dijo Elda—. Y como supongo que no resistirá a la tentación de escribir la historia, procure ser veraz.

—Por supuesto — contestó Carrados —; pero mucho me temo que no me crean y que piensen que todo esto es una fantasía.

Los ojos de la muchacha miraron a Chuck. Éste se desinteresó en absoluto de lo que ocurría, y no vio que Manelli entregaba un maletín negro al médico.

—Tome, matasanos — le dijo—. Ahí tiene usted drogas por valor de tres millones de dólares. Lo que he visto me ha convertido en otra persona y, como el amigo Carrados, yo también pienso volver aquí con la familia.

La puerta del ascensor se cerró. Elda, Chuck y sus amigos, agitaron las manos, despidiendo a los que se iban, pero que no tardarían mucho en regresar.

—¡Vuelvan pronto! — gritó Chuck, aun sabiendo que ya no le oían.

Cuando el ascensor hubo desaparecido en la roca, los dos jóvenes se miraron, sonrientes, felices. Ella le tomó la mano.

—Ven conmigo, Chuck. Quiero que compartas conmigo una pesada tarea; la de gobernar a Plutonia.

—Por el contrario, yo creo que, a tu lado, me parecerá muy ligera.


FIN



—Oiga... ¿me vende su cuadro para ponerlo de espantapájaros en mi huerto?



¡USTED OLERÁ A PÓLVORA Y A «WHISKY»!

¡USTED SENTIRÁ EN SU OÍDO EL ARDIENTE ZUMBIDO DE LOS TEMIBLES «COLTS»...!

Porque usted leerá emocionado las narraciones del Oeste de más impresionante realismo.

Colección RUTAS del OESTE

Hombres tenaces, cínicos granujas, aventureros audaces y mujeres de temple y de abnegada entereza, dejaron en las polvorientas rutas de aquel país que estaba naciendo, la esperanzadora semilla de una nueva civilización.

C o l e c c i ó n RUTAS del OESTE

USTED YA SABE QUE LA LECTURA DE TODOS SUS VOLÚMENES ES UNA EMOCIÓN E INTERÉS SIN PRECEDENTES.

Pero si lo ignora todavía...

¡HAGA USTED LA PRUEBA AHORA MISMO!



¡LA RISA TONIFICA!

Pero…

LA SONRISA

ENGENDRA

OPTIMISMO!

EL BEBÉ Y EL ACORAZADO

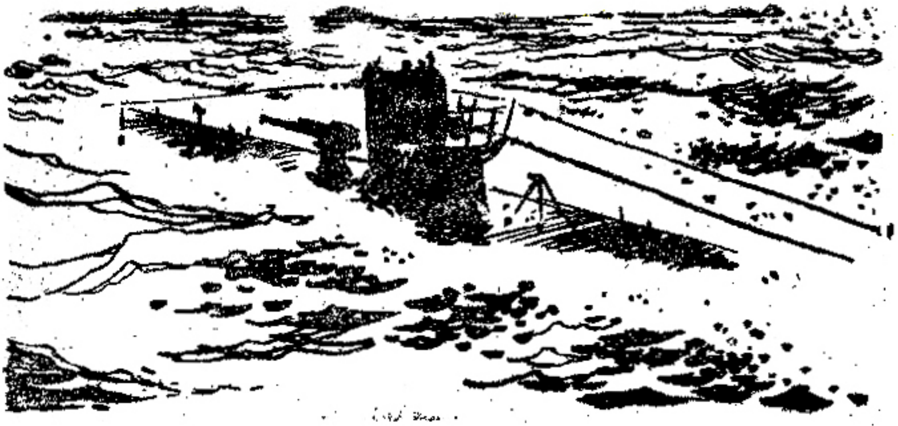
la original novela de ANTHONY THORNE ha cobrado vida cinematográfica, animada en los principales personajes por JOHN MILLS, RICHARD ATTENBOROUGH, LISA GASTON!... y en rollizo y simpático BEBÉ de seis meses.

EL BEBÉ Y EL ACORAZADO

cáustica muestra del humor inglés a trechos con la más brillante e intencionada chispa latina, será publicada próximamente en exclusiva por

EDICIONES TORAY, S. A.

¡UN RAMILLETE DE SONRISAS, DE TERNURA Y DE REGOCIJANTES SITUACIONES



Bajo la lluvia destructora de las mortíferas armas modernas…

Surcando el cielo en los modernos aviones: buceando con los más atrevidos ingenios las procelosas aguas de los mares…

Aguardando la muerte en el fondo embarrado de una trinchera…

EL HOMBRE CONSERVA TODAVÍA EN SU ALMA LA FLOR INMARCESIBLE DE LA ABNEGACIÓN, DE LA INTEGRIDAD, DEL AMOR A LA PATRIA Y DEL SENTIDO DEL DEBER.

Colección

Hazañas Bélicas

le ofrece los más emocionantes relatos llenos de VERISMO, INTRIGA y VIOLENCIA, pero…

SUS PROTAGONISTAS, HUMANOS, DECIDIDOS Y VALEROSOS, LUCHAN SIEMPRE A SERVICIO DEL BIEN, EN DEFENSA DEL OPRIMIDO Y CON LA ESPERANZA DE UN MUNDO MEJOR.

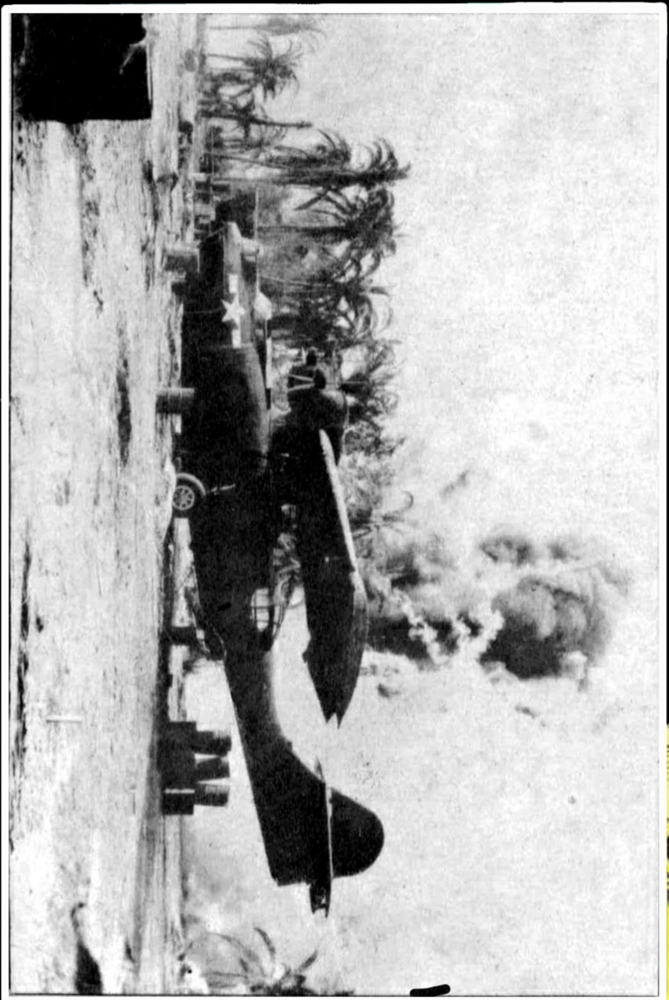
Colección

Hazañas Bélicas

Narraciones de avasalladora y palpitante actualidad que usted leerá emocionado y con el ánimo en suspenso.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS:

56. — Los esclavos de Silón. — *Red Arthur*.
57. — Materia negativa. — *H. S. Thels*.
58. — La pesadilla de los hipogeos. — *Law Space*.
59. —¡Se acaba la elíptica! — *H. S. Thels*.
60. — Una princesa de Sirio. — *Clark Carrados*.
61. — Vagabundos del infinito. — *Red Arthur*.
62. — La fauna del Espacio. — *H. S. Thels*.
63. — Conflicto estelar. — *Clark Carrados*.
64. — La bestia informe. — *Law Space*.
65. — Memorias de una máquina. — *Clark Carrados*.
66. — Mensaje al Universo. — *Louis G. Milk*.
67. —¡Voces en el Espacio! — *H. S. Thels*.
68. — Revolución en el Sistema. — *Clark Carrados*.
69. — El juego de la muerte. — *Red Arthur*.
70. — Policía sideral. — *Clark Carrados*.
71. — Invasores de la Tierra. — *Johnny Garland*.
72. — Extraños en la Luna. — *Eduardo Texeira*.
73. — Un yanqui en la corte del rey Marciano. — *Law Space*.
74. — El planeta perdido. — *Louis G. Milk*.
75. — El oro de las estrellas. — *Clark Carrados*.
76. — La guardia del tiempo. — *Louis G. Milk*.
77. — Vampiro estelar. — *H. S. Thels*.
78. — Guerra telepática. — *Law Space*.
79. — La guerra de los asteroides. — *Clark Carrados*.
80. — Al final del cosmos. — *Law Space*.
81. — Satélite artificial. — *Johnny Garland*.
82. — Intriga en la galaxia. — *Louis G. Milk*.
83. — Ultrametrópolis. — *Law Space*.
84. —¡Mutaciones. — *H. S. Thels*.
85. — Viaje al centro de Plutonia. — *Clark Carrados*.



Escena de «Infierno en las nubes»,
de RKO Radio Films

Precio en España: **6.- ptas.** En Argentina: **4** pesos